¿Jueces o criminales?

Caso Gabriela Romero Rangel

Santiago Salas Ferrari

¿Jueces o criminales?

Caso Gabriela Romero Rangel

Santiago Salas Ferrari

JuecesCriminales.com

ISBN: 9798267854672

Prólogo

Nos quisieron borrar. Primero a balazos, después en papel. La secuencia fue clara: matar el cuerpo y, si no podían, matar el tiempo. No es una metáfora literaria: es la coreografía que nos tocó vivir. Asesinaron a mi padre —rector de la Universidad Abierta— y trataron de encubrir el crimen como "enfermedad de la vejez". Después apareció el papel perfecto: un testamento falso que pretendía adjudicar la Universidad a quien limpiaba los pasillos. El plan se estrelló contra un dato simple y duro: la Universidad no estaba a nombre del adulto mayor, sino a mi nombre. Ahí empezó la guerra judicial. En este libro solo contamos uno de los miles de ataques que hemos sufrido por parte del Estado Mexicano.

Desde entonces, la justicia se nos volvió una presencia fantasmagórica. Abríamos buzones y no había nada; semanas después aparecía un PDF impecable que juraba que sí. A ese truco le llamamos Notificación Fantasma. La realidad oficial se fabrica así: primero te ocultan la noticia; luego imprimen un pasado donde sí la hubo; por último te culpan por no haber respondido "en tiempo y forma". La vida cotidiana —la libreta con fechas, el correo que no sonó, la pantalla sin cambios— no pesa contra la frase impersonal: "se notificó". Nadie firma esa oración; todos la repiten.

Quien sostuvo nuestra existencia en la línea más delgada fue una mano extranjera: el Consulado de Argentina. Si hoy escribo estas páginas y no soy un número más, es porque alguien estuvo cuando aquí nos estaban borrando. Lo digo sin épica: nos salvaron la vida. Pero un país no puede depender de milagros ni de exilios afectivos para reconocer lo obvio. Este libro nace de esa certeza: no pedimos milagros; pedimos ver lo que nos afecta.

Ver es una palabra humilde. Ver que una aclaración jamás fue notificada. Ver que una notificación nació fuera de fecha. Ver que

un plazo corrió sin punto de partida. Ver que la metadata —la letra chica de los archivos— dice cuándo nació un PDF, cuándo cambió, con qué programa se fabricó. A esa memoria de piedra le llamamos reloj de la verdad. Cuando el expediente asegura "21 de agosto" y el archivo nació el "17 de abril", el reloj golpea la mesa: algo pasó fuera de su tiempo. La justicia que no quiere ver llama a esto "tecnicismo". Nosotros lo llamamos hecho.

En México, el **Poder Judicial** que padecemos es **antinatural**: exige adelantar la vida para **obedecer plazos** que nacen sin noticia, pide **viajar al pasado** para defenderse de actos que **no existían** cuando supuestamente debimos responder. Burla la **física** (la flecha del tiempo), **olvida la biología** (un cuerpo de **69 años** no es un algoritmo) y traiciona la **ética** (primero la persona, después el formulario). En ese orden invertido prospera una **clase opresora** que aprendió a hablar la lengua del **procedimiento** para encubrir la **violencia**: lo que no pudo imponer en la calle, lo blanquea con **papeles impecables**.

La jueza Gabriela Romero Rangel aparece en este relato como firma de ese orden —según lo que hemos denunciado a lo largo del libro—: convalidó "acuses" que nacieron fuera de fecha, desechó pruebas que mostraban la grieta, premió la liturgia de "en tiempo y forma" sobre la experiencia de una mujer mayor frente a un portal mudo. No es un juicio a su biografía; es el retrato de una pedagogía institucional: firmar sin mirar, decidir sin ver, proteger la forma aunque destruya la vida.

Esa pedagogía no es un accidente local; es el gesto de época. Sapiens conquistó el mundo a fuerza de historias compartidas —dinero, leyes, Estados— que existen solo porque creemos en ellas. Esas historias fueron herramientas. Ahora nos domestican: el sistema ya no sirve a la gente, la gente sirve al sistema. En su fase tardía, el capitalismo no empuja al Estado: lo ocupa. Lo que rinde se conserva; lo que estorba se descarta. La dignidad se

vuelve **costo**. En ese altar, los juzgados ofician la **liturgia del documento**: si está en el sistema, "**existe**". Lo que no entra en su formato es **ruido**.

La caverna de Platón explica la hipnosis: sombras proyectadas en un muro, fuego detrás, titiriteros moviendo figuras. Trasladada a hoy, la pared es la pantalla, el fuego es el dinero, los titiriteros son poderes que definen la luz; las sombras, boletines y constancias que "aparecen". Quien se levanta y mira afuera —metadata, cuerpo, hora— regresa encandilado y la caverna le dice: "no entendiste". Quien paga, prende la fogata; quien no, mira sombras. En esa oscuridad, el crimen organizado encuentra alfombra roja: negocios ilícitos protegidos por membretes.

Este libro habla de aulas vacías donde te piden "aclaraciones" que nadie notifica; de fábricas de dudas que convierten la irregularidad del sistema en culpa privada — "es tu responsabilidad no haber objetado lo que no sabías que existía"—; de relojes rotos que corren sin que corra la noticia; de adultos mayores dejados solos ante portales que no explican; de cómo se fabrica una realidad oficial que contradice la vida y exige obediencia. Habla de costos invisibles: trabajo perdido, medicinas no compradas, talento que se va, familias endeudadas, una economía de gestores que vende acceso a la claridad. Habla del Poder Judicial antinatural y del capitalismo tardío que convirtió al Estado en apéndice del dividendo.

Pero no es un catálogo de agravios. Es un mapa para salir de la caverna. No propone catecismos viejos —izquierda o derecha—, propone volver a poner la vida en el centro. Transparencia no como fetiche, sino como respeto básico: ver lo que nos afecta, sin eufemismos ni pasivas. Sin noticia, no hay plazo. Sin acceso, no hay carga. Sin evidencia visible, no hay desechamiento. Sin dignidad, no hay legitimidad.

Al final, este prólogo adelanta una respuesta que ocupa el corazón del libro: reforma o revolución. Las reformas han servido para que la máquina gane tiempo; la revolución que proponemos no es de balas, es de soberanía sobre la verdad. Justicia en manos civiles, con una IA cívica al servicio de la sociedad —mujeres buscadoras, pueblos indígenas, mujeres, comunidad LGBTTTIQ+, trabajadores, emprendedores, empresariado local, academia, personas mayores— capaz de verificar en horas lo que hoy se dilata por años y de poner en pausa el reloj cuando la evidencia no cuadra. La máquina como herramienta; la asamblea como mando. El sistema debajo, la vida arriba.

No escribimos para ganar simpatías. Escribimos para dejar constancia —esta sí, verdadera— de que existimos fuera del formulario. Nos quisieron borrar y no pudieron. A veces, la diferencia entre el olvido y la memoria es una fecha en un archivo; otras, una comunidad que se niega a callar; otras, una mano que llega de lejos. Este libro junta esas manos y esas fechas para decir algo muy simple y, en estos tiempos, escandaloso: primero la vida.

Si alguna vez te dijeron "así es el sistema" como si fuera la gravedad, ven a caminar estas páginas. Verás que no es ley de la naturaleza: es costumbre de poder. Y las costumbres, cuando ya no sirven a nadie salvo a quienes mandan, se cambian. No prometemos finales felices; prometemos luz. Con eso alcanza para empezar. Porque la luz no corrige por sí sola, pero impide que la sombra escriba a su antojo nuestra historia. Y en un país donde todavía hay quien firma sin mirar, mirar juntos es la forma más concreta de esperanza.

Capítulo 1. El país que firma sin mirar

En la ventanilla no atienden personas: atienden sellos. El golpe seco del timbre —*clac*— marca el ritmo de una maquinaria que aprendió a moverse sin mirar. Llega alguien con una vida a cuestas, y el mostrador responde con un protocolo: número, formulario, fila. A eso lo llamamos "sello y pase". No es un acto aislado; es una cultura. Y cuando esa cultura se vuelve hábito del Estado, **la forma sustituye a la verdad**.

Max Weber, en palabras de la calle, soñó una burocracia para ponerle límites al capricho. Reglas iguales para todos, procedimientos que den certeza, la ley por encima de la persona que firma. El problema es que, con los años, la máquina olvida **para qué** fue construida. La regla —que era camino— se convierte en destino. Kafka lo vio como laberinto: puertas idénticas, pasillos interminables, respuestas que responden a nada. No hace falta releer *El Proceso*: basta con recordar un "se le notificó" que jamás llegó, un "vuelva mañana" que dura meses, un expediente que camina aunque nadie lo haya visto andar.

En ese país que firma sin mirar, la realidad oficial deja de coincidir con la vida vivida. Y cuando esa grieta se abre, alguien se beneficia. El crimen organizado —que odia la luz y adora los huecos— encontró en la liturgia del sello un aliado discreto. No necesita al juez corrupto de caricatura; le basta con la inercia que niega el acceso a la justicia: pedir "aclaraciones" que nunca se notifican, fabricar "notificaciones" cuando la defensa reclama, desechan toda prueba que muestra el crimen, dando valor absoluto a un acuse autogenerado en fechas diferentes a la supuesta notificación, convertir el sistema en personaje ("el sistema indica")

para que ningún humano se haga responsable de los ilícitos a favor del crimen organizado.

Así se arma la cadena: primero los golpes crudos —persecuciones, intentos de asesinato, delitos fabricados como el de homicidio para quebrar una familia y abrir la puerta de una institución a manos ajenas—; luego los golpes limpios, con papel membretado. Si falla el balazo, queda la constancia. Si no logran callarte de golpe, te apagan por trámite. ¿Cómo? Con el sello que te empuja fuera del tiempo: "usted no contestó", "quedó notificada", "precluyó su derecho". El expediente produce una biografía paralela donde todo ocurrió en orden y tú siempre llegaste tarde.

No es casualidad que los **negocios sucios** se acerquen al mundo del papel. El dinero de origen ilícito no entra por la puerta principal; busca **respirar legalidad** en documentos: actas, acuerdos, notificaciones, oficios que, al no ser revisados con ojos, **blanquean** la voluntad de quien tiene el poder de sellar. Y cuando alguien impide ese saqueo —como impedir que una universidad pase a manos del grupo que mató a tu padre—, la maquinaria se activa: primero el miedo, luego la hoja. La persecución física muta en **persecución judicial**. Te archivan, te "notifican", te desechan. Un país que firma sin mirar es el mejor camuflaje para el delito: todo luce correcto, todo suena legal.

Se dirá que son "errores". Pero los errores aislados no hacen sistema. Lo que vuelve sistema a la desidia es la repetición: aclaraciones sin aviso y avisos que nacen cuando conviene; plazos que corren sin noticia; constancias que valen más que tu memoria, que las fechas de tu libreta, que el buzón vacío. Lo que debió ser una garantía de igualdad se convierte en técnica de exclusión: te expulsa del proceso sin tocarte, te llama irresponsable, te reduce a una estadística. Mientras tanto, los verdaderos responsables caminan con papeles impecables.

Por eso, cuando decimos "clase opresora", no hablamos solo de apellidos: hablamos de una **forma de gobernar**. Es la comodidad de firmar sin mirar, de cubrirse en la palabra "procedente" o "inconducente" como si fueran argumentos, de esconder el **acto humano** detrás del "se notificó". Ahí se junta lo peor de dos mundos: el **poder que ataca** y la **oficina que no ve**. Es la alianza tácita entre quienes disparan de noche y quienes **imprimen de día**; entre la amenaza y la minuta.

La gente lo siente en el cuerpo. Una persona mayor, frente a una pantalla muda, descubre que debe defenderse sola contra un calendario que ya la venció. Un hijo imprime capturas, guarda correos vacíos, descubre que la verdad de su casa no entra al expediente. Un abogado joven aprende a desconfiar de la propia palabra "sistema" porque nadie la respalda con un nombre, una fecha, una explicación. En esa fatiga diaria —esa suma de humillaciones pequeñas— se construye la gran victoria de los de siempre: la indefensión.

El país que firma sin mirar no necesita convencerte de que miente; le basta con cansarte. Te enseña que pelear es inútil, que lo justo es "lo que está en el papel", que tu recuerdo no pesa contra el membrete. La violencia se vuelve **burocrática**: no deja moretones, deja **plazos vencidos**. No rompe ventanas, rompe **confianzas**. Y el crimen, paciente, agradece.

Pero incluso en ese paisaje hay hechos que no se dejan maquillar. Los archivos —aun los más obedientes— guardan **memoria**. La historia de quienes quisieron "desaparecer" a una familia para quedarse con una universidad y lavar dinero **choca** contra esa memoria. Hay fechas que no calzan, hay firmas que no cuadran, hay notificaciones que nacen **fuera de su tiempo**. Y hay vidas que, pese a todo, **no fueron borradas**: si hoy estas líneas existen es porque, en el punto más oscuro, **alguien** —un consulado extranjero,

una comunidad, una red invisible de cuidado— sostuvo la existencia que el sello quiso negar.

Este libro no es nostalgia ni ajuste de cuentas; es diagnóstico. El país que firma sin mirar sigue aquí, con nuevos trajes y los mismos métodos. Pero ahora son elegidos democráticamente. Se lo ve en la continuidad entre regímenes que se dicen opuestos pero repiten la misma coreografía: ocultar, sellar, explicar sin explicar. Se lo palpa en las noches en que alguien decide que un expediente puede más que una vida. Se lo escucha en la frase: "El sistema indica". ¿Quién indica, cuándo, cómo? Silencio.

Contarlo importa porque nombrar el mecanismo es romper su hechizo. No prometemos herramientas mágicas ni atajos que no existen. Prometemos memoria. Y la memoria es una forma de justicia cuando la justicia se esconde. En un país que firma sin mirar, mirar es un acto político. Mirar y decir, sin adjetivos y con nombres, que la maquinaria que debía protegernos se alquiló al silencio. Que hoy seguimos aquí, vivos, no por la piedad del sello, sino a pesar de él.

Capítulo 2. El aula vacía de la justicia

La puerta está abierta, las bancas alineadas, el pizarrón limpio. En el centro, una palabra escrita con tiza: "Aclaración". No hay maestra, no hay campana, no hay lista. Esperas. Pasa la mañana, pasa la tarde. Vuelves al día siguiente: nadie. Una semana después aparece en la cartelera una calificación que no sabías que existía: "Reprobado por no contestar." Así funciona demasiadas veces el sistema: te exigen responder a algo que nunca te dijeron cuándo ni cómo.

El aula vacía es más que una metáfora; es un modo de gobierno. En los expedientes, pedir "aclaraciones" que no se notifican sirve como absorvente: chupa el oxígeno, apaga cualquier fuego de defensa y deja sólo el olor a trámite cumplido. Luego, cuando la persona reclama, aparece una notificación que no vio nadie, un documento perfecto que certifica un diálogo que jamás ocurrió. El aula estuvo cerrada, pero alguien firmó asistencia por ti.

No hay conspiración ruidosa; hay **coreografía**. Primero se coloca una "aclaración" como quien deja un examen sorpresa en un salón sin alumnos. Luego se deja correr el reloj. Más tarde, cuando alguien pregunta, se exhibe la hoja con tache rojo: "usted no contestó". La escena es pedagógica sólo en su crueldad: te enseñan que la culpa es tuya por no presentarte a una clase que **nadie impartió**.

En nuestra historia, ese salón vacío fue la antesala del ataque mayor. Intentaron callarnos a golpes; no pudieron. Entonces vaciar el aula se volvió la estrategia: aclaraciones fantasma, notificaciones que nacen cuando conviene, plazos que corren sin noticia. El objetivo era el mismo que en la calle: quedarse con

la Universidad Abierta para lavar dinero, borrar la memoria de un padre asesinado, volver mercancía una institución viva. Cuando descubrieron que la Universidad estaba a nuestro nombre, empezó la guerra judicial. La persecución física mutó en **persecución judicial**: menos ruido, más sellos. Invisibilizar nuestra historia como la de miles de desaparecidos en nuestra nación.

El aula vacía tiene reglas no escritas. La primera: la apariencia vence a la experiencia. Si el sistema "dice" que hubo clase, hubo clase. Si el portal imprime que se notificó, te notificaste. La segunda: nadie firma con nombre propio. Es la pasiva cómoda: se notificó, se publicó, se dejó en lista. La tercera: el silencio produce resultado. No pasa nada durante semanas, pero ese no-pasar se computa como fracaso tuyo.

El sistema le echa la culpa a las víctimas. La culpa por no reclamar algo que no existía, como lo hizo la jueza Gabriela Romero Rangel. Así es la justicia, llena de imposibilidades. Es decir, en el tercer país con mayor crimen organizado, las víctimas tenemos la culpa de los delitos que sufre la nación. Los delincuentes, la clase opresora, los jueces, los políticos ellos nunca tienen la culpa. Y claro que no tienen la culpa porque ellos tienen los medios para crear la verdad histórica. INVISIBILIZAN A LAS VÍCTIMAS con el fin de perpetuar sus privilegios provenientes de actividades ilícitas.

Ese vacío no es abstracto: se mete en las casas. Una persona mayor abre el buzón cada mañana y encuentra **nada**; al mes, alguien le informa que **todo** ocurrió. Un trabajador falta a su empleo para entender un pendiente invisible y pierde bono. Una familia gasta en copias, taxis, cafés, para perseguir una noticia **que no corre**. La salud se aplaza, los proyectos se posponen, los ahorros se diluyen. La vida se desordena siguiendo la sombra de un examen que nunca se anunció. Así se condena a nuestra gran nación al fracaso institucional.

El aula vacía también es rentable. Cuando la justicia no habla claro, otros hablan por ella. Se multiplica la economía del intermediario: el que "sabe cómo mover el portal", el que "tiene un contacto", el que "arregla la notificación". El crimen organizado prospera en ese eco: cada incertidumbre se vuelve moneda. No necesita conquistar el edificio; le basta con que el salón siga vacío y el papel sostenga que hay clase. La legalidad de utilería blanquea lo que la calle ensucia.

A veces dicen que son **errores**, pero los errores no se repiten con tanta precisión. Lo que vemos es una técnica: **pedir sin avisar** para **desechar por no responder**. Un truco sencillo, eficiente, silencioso. Con él puedes hacer de cualquiera un irresponsable, incluso de quien madrugó, documentó, esperó, insistió. La maquinaria, mientras tanto, se protege en su espejo: *si está en el sistema, pasó*. ¿Y si la vida dice que no? La vida no firma.

El aula vacía tiene su propia liturgia: actas que confirman presencias imaginarias, constancias que narran diálogos que no ocurrieron, sellos que sustituyen voces. Cuando el Estado habla sólo en papeles, la ciudadanía aparece sólo como acusada de silencio. Se instala un hábito frío: calificar sin enseñar, exigir sin avisar, desechar sin escuchar. Y, como toda rutina eficiente, termina pareciendo normal. "Así es", "siempre se ha hecho", "el sistema marca".

Las consecuencias son profundas. **Se va tejido social** por los bordes. La gente aprende que molesta menos si no reclama. El empresario ajusta su contabilidad a la arbitrariedad del calendario; la abogada joven cambia vocación por supervivencia; el adulto mayor reduce su mundo a un portal que no explica. La justicia que no se comunica se vuelve **aula vacía** también en el corazón: abandonamos la idea de que podemos hablar y ser oídos. En esa renuncia silenciosa, el crimen encuentra su campus de

entrenamiento: mover lo que nadie mira, negociar lo que nadie entiende, decidir lo que nadie puede impugnar.

No todos los vacíos son iguales. Algunos están hechos de miedo: funcionarios que prefieren no arriesgar la firma, oficinas que rehúyen la responsabilidad, jueces que se esconden en la frase "el sistema indica". Otros están hechos de cálculo: dejarte fuera del juego para que el botín —una universidad, un contrato, una tierra—cambie de manos con la **bendición del expediente**. El resultado es el mismo: un país donde la sala está montada, el pizarrón brilla, las bancas esperan... y **no hay clase**.

La ironía es que **lo público** —lo que pertenece a todos— se reduce a la estética del sello. El aula es de todos, pero no hay quien enseñe; el proceso es de todos, pero no hay quien escuche. Una democracia sin audiencia se parece a una escuela sin alumnos: conserva el edificio, pierde el sentido. Lo que sigue es un simulacro: actos que se repiten porque están escritos, no porque sirvan a alguien.

Nuestro caso lo muestra con crudeza. Si hoy contamos esta historia es porque, en un punto crítico, alguien desde afuera —un consulado, una red de afectos, un país hermano— impidió que el vacío se tragara nuestras vidas. Pero no debería depender de eso. El aula es de aquí. La campana es de aquí. Los nombres en la lista son de aquí. Cuando decimos que siguen los mismos criminales con otro uniforme, describimos una continuidad de métodos: de la bala al sello, del miedo al oficio sin noticia, del asalto a la aclaración inexistente. Cambia la foto; la tiza escribe lo mismo.

No pedimos más normas; pedimos **presencia**. Presencia es lo opuesto al aula vacía: alguien que mira, que llama por su nombre, que explica por qué hoy hay examen y a qué hora, que admite que si no hay aviso no hay falta. Presencia es la diferencia entre Estado y decorado. Todo lo demás —la "aclaración" que no llega, la

notificación que aparece, el plazo que corre— es un **truco barato** con efectos carísimos.

La escuela puede estar impecable y aún así no enseñar nada. El juzgado puede estar lleno de documentos y aún así no impartir justicia. Entre la tiza y la vida media un gesto simple: **estar**. Estar para decir que hay clase, estar para avisar que hay cambio de salón, estar para escuchar cuando alguien alza la mano. Lo que hoy padecemos es exactamente lo contrario: un sistema que **se ausenta** y, en su ausencia, **te culpa**. Un aula vacía que dicta sentencias. Un examen sin fecha que decide destinos. Destinos que llevan a nuestra nación a la desgracia.

En esa sala silenciosa no resuena la campana: resuena nuestra memoria. Porque cada vez que nos exigieron contestar lo que nunca nos notificaron, no dejaron sólo un vacío procesal; dejaron huecos en la vida: mesas sin comida por audiencias imaginarias, insomnios por cartas que no llegaron, proyectos truncos por decisiones que nadie explicó. Y esos huecos, unidos, dibujan el mapa verdadero de un país donde la justicia se fue de clase y dejó los sellos cuidando la puerta.

Capítulo 3. La Notificación Fantasma

Abres el buzón. Nada.

Abres el portal. Nada.

Cierras el día con la tranquilidad humilde de quien, por una vez, no debe defenderse de nada.

Semanas después, una voz judicial— con rostro de mujer, sin honra, despiadada, cuyo nombre es Gabriela Romero Rangel— dicta sentencia en contra de una adulta mayor: "Usted fue notificada" y pierde su casa, sus ingresos, sus ahorros, su integridad, su propiedad privada, PIERDE TODO. Adjudicamos el trabajo de su vida a la persona que privó de vida a su esposo. Si, a una asesina. De pronto, en el expediente aparece un documento perfecto, un espejismo con membrete que asegura haber vivido en tu vida cuando tu vida nunca lo vio. Así opera la Notificación Fantasma: no es un papel, es un acto de desaparición. Desaparece el aviso, desaparece tu derecho, desapareces tú. Nuevamente, el crimen organizado mediante el Poder Judicial se roba -legalmente-la integridad de las víctimas.

La notificación fantasma revela la ontología secreta de nuestra justicia: es fantasmagórica. Existe, sí, pero en otra dimensión. En la dimensión de la clase opresora, la justicia es sólida, inmediata, obediente. Allí hay puertas que se abren, firmas que pesan, relojes puntuales. En la dimensión de quienes habitamos México, la justicia es invisible para las víctimas: nadie la ve, nadie la goza, nadie la sostiene con la mano. Es un rumor que se cita en tercera persona — "se notificó", "se publicó", "quedó enterada"—, una liturgia de pasivas que destierra a los sujetos. La vida real es desmentida por una frase impersonal.

Esa fractura dimensional tiene un guión. Cuando reclamas que **no hubo notificación**, no te contestan con hechos: te contestan con un mundo alterno. En ese mundo, **todo** se notificó, **todo** fue "en tiempo y forma", **todo** lleva sello, **nada** tiene nombre. En ese mundo, la palabra "corrupción" no existe, no porque sea imposible, sino porque **quien mira** solo ve su propio reflejo. Desde ahí se decreta que el discurso del pueblo es exageración, que la víctima "no entendió", que **siempre** hubo aviso. Es la negación elevada a procedimiento.

La notificación fantasma, entonces, no es un error: es la forma educada de la violencia. La bala deja sangre; el PDF deja plazos vencidos. La amenaza rompe ventanas; la constancia rompe confianzas. El crimen organizado y su periferia lo saben: si el Estado administra sombras, la impunidad se viste de legalidad. No hace falta asaltar un juzgado; basta con operar en la zona muerta entre el papel que dice y la vida que niega. Ahí se instala el negocio: se expropia memoria, se blanquea dinero, se reescriben historias. Ahí asesinaron a un padre y quisieron borrar a su familia; cuando falló la bala, apostaron por el expediente. Si el documento crea el mundo, la víctima deja de existir.

La invisibilización es total. A la víctima se le dice que **no existe**: que no hubo balas, que no hubo persecución, que no hubo notificación. Se niega la corrupción no porque no ocurra, sino porque **la dimensión dominante** no la registra como tal: registra trámites prolijos, actas impecables, sellos que funcionan como estampitas contra el mal. El país real —el de la gente trabajadora que madruga y no encuentra nada en su buzón— es reducido a una anécdota molesta. El país oficial —el de las fórmulas y los "se notificó"— vive sin rozar el piso. **Dos realidades paralelas**: en una, la vida; en la otra, el acta.

Por eso decimos que la justicia es fantasmagórica: se te aparece para acusarte de haberla visto. Es la ironía perfecta. En la dimensión de los privilegios, todo es transparente; en la nuestra, todo es gas. "El sistema indica", te dicen, como si el sistema fuera una persona que vio, que tocó, que escuchó. Pero el sistema no hace fila contigo en el IMSS, no regresa con miedo a su casa, no entierra a su padre. El sistema es un espejo: solo devuelve la imagen del que manda.

Y sin embargo, incluso los fantasmas dejan huellas. Los archivos tienen **memoria interna**: una sombra técnica que no le debe obediencia a nadie. Esa sombra se llama **metadata**. No es un manual para especialistas; es el relato de origen de un archivo: **cuándo nació**, **cuándo fue cambiado**, **con qué herramienta se fabricó**. Si un documento afirma que el aviso ocurrió el 21 de agosto, pero su memoria interna cuenta que el archivo **nació** el 17 de abril o **se editó** días después, lo real se impone: **la notificación no existió cuando dicen que existió**. No hace falta fe; hace falta recordar que **todo lo que existe deja un rastro**. Un rastro borrado por jueces que se dedican a simular justicia, con el fin de perpetuar los privilegios que goza el crimen organizado en nuestra nación.

Ahí se vislumbra el secreto de la notificación fantasma: es una puesta en escena. Como en el teatro de sombras, se proyecta una figura y se exige a la audiencia que crea que la figura tiene cuerpo. La metadata no discute; alumbra. Muestra que la sombra fue movida después, que la luz cambió de lugar, que la pantalla fue colocada a destiempo. La fecha de creación distinta no es "un tecnicismo": es la fractura del hechizo. La diferencia entre lo que se dijo y lo que fue.

Pero incluso con la luz encendida, la clase opresora insiste en su dimensión. Es simplemente ciega, no quiere ver. Se demuestra cuando **Gabriela Romero Rangel** desecho todo medio de prueba que demuestra que la notificación es falsa. El metadato que mostraba sin duda alguna su falsedad. Invento pretextos sin ningún fundamento legal, con el fin de legalizar un crimen, la falsificación

de una notificación para robar el bienestar de una adulta mayor. Cuando la palabra "justicia" migra a la bóveda del privilegio, lo que queda para la mayoría es **silencio etiquetado**.

EL PODER JUDICIAL NO ADMINISTRA LA JUSTICIA LEGALIZA LOS CRÍMENES.

La notificación fantasma es, entonces, el emblema de una época: una justicia que existe en otra dimensión y que, al mismo tiempo, borra a quienes no pueden habitarla. Si no formas parte de ese plano superior, eres ruido. Si reclamas, "aparece" una constancia que te contradice. Si sobrevives, te dicen que nunca te atacaron. Si documentas, te dicen que no ven. Si insistes, te acusan de no haber estado.

No exageramos cuando afirmamos que este mecanismo organiza la vida diaria. Una madre pierde un empleo porque un plazo que nadie anunció venció; un anciano vende lo que tiene para pagar trámites que no existían; un joven aprende que su palabra no compite con un sello; una comunidad entera acepta que la legalidad es un idioma extranjero. Así se puebla el país de cuerpos presentes y vidas invisibles. Así se teje la impunidad: con documentos que no estuvieron cuando debían estar y con voces que no fueron cuando debían ser oídas.

En nuestro caso, la fantasmagoría fue arma de guerra. El objetivo era quedarse con la Universidad y lavar dinero detrás de la fachada de un acto "regular". Cuando no pudieron borrarnos físicamente, intentaron borrarnos judicialmente. No es metáfora: un expediente puede matar una vida civil, una constancia puede sepultar un derecho, una notificación fantasma puede decretar que no exististe el día en que más necesitabas existir. Si hoy respiramos es porque, a contracorriente, otro país —el que todavía cree en lo real— nos lanzó una cuerda. Pero no debería depender de eso.

La justicia no puede seguir en la dimensión privada de quienes dominan. Debe volver a nuestra dimensión: la de los que hacen fila, cuidan enfermos, pagan rentas, entierran a sus muertos, la clase trabajadora. No personas que no han trabajado, realmente, y solo viven de los impuestos que paga la clase trabajadora. Impuestos que se usan para oprimir al pueblo. Debe volver con nombre, con hora, con cuerpo. Mientras no ocurra, la notificación fantasma seguirá como espectro en la sala: aparecerá después para decir que estuvo antes, hablará en pasado para negar el presente, firmará actas de un mundo que no tocamos. Y nosotros seguiremos siendo invisibles: sin derechos, sin justicia, sin seguridad.

Caja de Realidad — La memoria de los archivos

La metadata no es un truco ni una receta; es memoria. Todo archivo digital porta su propio certificado de nacimiento: una fecha de creación que dice cuándo vino al mundo, una fecha de modificación que narra si fue tocado después, y la herramienta con que se generó (un escáner, un editor, un sistema). Cuando ese certificado no coincide con la historia oficial de un aviso, lo que queda al descubierto no es una falla técnica: es una fabricación temporal. La metadata no te promete justicia —no puede—, pero rompe el encantamiento. El resto lo dirá la conciencia pública: si un país puede tolerar fantasmas que firman por nosotros o si, por fin, exige que la justicia viva aquí, en nuestra única dimensión.

Capítulo 4. La fábrica de dudas

"Es culpa de la adulta mayor por no objetar la falta de notificación... de algo que no sabía que existía."

Ahí empieza todo: con una frase que **desplaza la responsabilidad** y convierte la ausencia de aviso en **culpa privada**.

Te quejas. Das tu nombre, tu historia, tus horas de desvelo. Al poco tiempo, aparece una notificación retroactiva, un papel perfecto que asegura que sí te avisaron, que tú fuiste quien no miró, que el reloj corrió y tu vida llegó tarde. Ese papel no trae información: trae un giro moral. Te cambia de lugar. Ya no eres quien reclama; eres quien "falló". La fábrica de dudas hace eso: toma una irregularidad del sistema y la devuelve convertida en culpa individual.

Funciona con un mecanismo viejo y cruel: culpar a la víctima. Como cuando culpan a una mujer de su propia agresión "por cómo iba vestida". Como cuando, tras un asalto, te preguntan por qué caminabas por ahí, a esa hora. Como cuando un periodista es asesinado y alguien insinúa que "se metió donde no debía". O cuando un enfermo es reprendido por "no cuidarse lo suficiente", aunque no hubiera médico a quinientos kilómetros. La fábrica opera igual: si no recibiste aviso, es porque "no supiste ver"; si el portal no mostró nada, "algo hiciste mal"; si la notificación nació fuera de tiempo, "seguro no entendiste el sistema". Siempre hay un dedo acusador; nunca un espejo.

A partir de ese momento discutes con una versión oficial de tu memoria. Tu libreta, tus capturas, tu buzón vacío, todo se vuelve anecdótico frente a la frase sin autor: "Quedó notificada". Es como si el Estado te dijera, con cortesía de oficina, que la tormenta que te

mojó **no existió**. Y uno, que también se cansa, empieza a dudar de sí: **tal vez** sí estaba el correo y no lo vi; **tal vez** hubo clase y no entré; **tal vez** soy yo quien no sirve para esto. El lenguaje se llena de **condicionales** (habría, podría, debería). La máquina ya hizo su trabajo: instaló la **sospecha adentro**.

En el **bolsillo**, esa duda no es teórica. Se traduce en **taxis**, faltas al trabajo, **impresiones**, certificaciones, consultas, comidas frías. Se traduce en cuentas que no paga nadie, en un calendario reconfigurado a base de "**venga mañana**", en el costo de volver a contar la misma historia a cinco funcionarios distintos con la sensación de estar **pidiendo perdón**. Es la **economía de la incertidumbre**: alrededor del expediente crecen **intermediarios** que venden la promesa de moverse en la niebla, como si la **opacidad** fuera mercancía y la **transparencia**, un lujo. Al **crimen organizado** le conviene: donde reina la **duda**, el dinero sucio encuentra alfombra roja y el **despojo** aprende a presentarse como trámite.

Pero el mayor efecto no está en el gasto, sino en el **silencio**. La fábrica de dudas produce **indefensión aprendida**: no vuelves a quejarte porque aprendiste que quejarse **no cambia nada**, que la notificación siempre "aparecerá" cuando convenga, que el expediente tiene **vida propia** y el ciudadano, apenas una sombra. Es el mismo silencio que se instala cuando a la víctima se le explica por qué fue su culpa; un silencio que no nace del miedo inmediato, sino del **cansancio**. Una democracia con la boca llena de dudas es un territorio fácil para que **las mismas manos** sostengan **los mismos privilegios**, con **nuevos uniformes**. Cambia la foto; **no cambia el método**.

Todo esto no ocurre en abstracto. En **nuestra historia**, la fábrica de dudas no fue un accidente de oficina: fue la **continuación "limpia"** de una persecución sucia. Cuando intentaron callarnos con **amenazas** y **plomo** y no pudieron, vino la versión de corbata: la

notificación que aparece tarde para declarar que llegó temprano; la "aclaración" que nadie oyó pero servirá para desechar lo que presentes; el sello que invierte la carga y te presenta como irresponsable. El objetivo era el mismo: borrarnos para apoderarse de la Universidad Abierta, lavar dinero bajo fachada de legalidad, destruir la memoria de un padre asesinado. Cuando falla el balazo, dispara la constancia: te mata el derecho a existir en tiempo.

Y cuando, aun así, muestras las grietas —cuando un archivo revela que nació en otra fecha, cuando la memoria digital contradice el pasado que imprimieron—, la fábrica sube el volumen: simplemente la jueza, Gabriela Romero Rangel, inventa pretextos para desechar las pruebas que muestran la verdad. Para el gobierno de México solo existe lo que le conviene a la clase dominante. La verdad o cualquier otro tipo de realidad es desechada. Es otra forma de culpa. Como si a una mujer que denuncia le pidieran pruebas de su falda; como si al asaltado le exigieran GPS de sus pasos. No es que no vean: han decidido no ver. Porque en la dimensión donde habita la clase opresora, la corrupción no existe por definición. Lo que para la gente es abuso, para ellos es procedimiento. Lo que para la gente es un hueco, para ellos es un expediente impecable. Y quien diga lo contrario "exagera", "politiza", "miente". La **duda** se vuelve política de Estado.

La fábrica no necesita monstruos. Le bastan pequeñas cobardías acumuladas: el correo que no se envía y luego se da por enviado; la frase impersonal que nadie firma; la reunión donde todos acuerdan "no meterse en problemas"; la pantalla que dicta y nadie contradice; la costumbre de darle más valor al "así se hace" que al "así pasó". Cada pieza parece menor; juntas producen un ruido que tapa todas las voces. Y cuando todas las voces se apagan, aparece el negocio que siempre estuvo esperando: el territorio, la universidad, el contrato, la vida de alguien, finalmente disponibles.

Nos dirán que son **errores**, y claro que hay errores. Pero lo que vemos es **método**. Un método que necesita la colaboración pasiva de la mayoría: el vecino que aconseja "ya no te metas"; el jefe que prefiere perder a una trabajadora a pelear una ausencia injusta; el funcionario que cree que su responsabilidad termina al leer en voz alta lo que le muestra la pantalla. La fábrica necesita que repitamos la pregunta equivocada —"¿qué hice mal?"— en lugar de la única que importa: "¿qué hicieron ellos y por qué nadie responde por ello?"

Y sin embargo, aquí estamos, contando. No porque el relato tenga poder mágico, sino porque nombra lo que la duda intenta deshacer. Cuando decimos "notificación retroactiva" estamos diciendo: "te crearon un pasado para anular tu presente". Cuando decimos "indefensión aprendida", decimos: "te enseñaron a renunciar". Cuando decimos "silencio público", decimos: "nos robaron la plaza y la llenaron de espejos". Este capítulo no trae recetas ni consuelos —sería una traición—. Trae una afirmación que la fábrica detesta: nuestra experiencia es verdadera, aunque el papel diga lo contrario. Nuestra memoria no está "mal vestida". Nuestro camino no fue imprudente. Nuestro ser no fue tardío.

Si hoy respiramos, no es porque la duda nos haya absuelto, sino porque no alcanzó para borrarnos. Hubo quien nos sostuvo cuando el expediente quiso tragarnos; hubo quien, desde otro país, puso el cuerpo donde aquí había sombra. Pero no debería depender de eso. Un país no se sostiene con favores ni con exilios afectivos: se sostiene con la verdad de su gente puesta en la mesa, sin pedir permiso y sin pedir perdón. La fábrica de dudas seguirá encendida mientras sea rentable callarnos; por eso abrimos las ventanas y dejamos que el ruido entre. Que se oiga el costo en la alacena, en el sueño, en el salario, en la dignidad. Que se vea que la notificación "apareció" cuando ya había vencido y que a nadie le tembló la mano para culpar a la víctima de no haber estado en una sala vacía.

Hay capítulos enteros de la historia de México escritos con este método. No lo aceptamos. No aceptamos el argumento de la falda, de la hora, del barrio, del oficio "en lista", del portal que "indicó". No aceptamos que la culpa sea la forma de cerrar cada caso. No aceptamos que la duda se convierta en ley. Lo único que aceptamos —porque lo hemos vivido— es que, detrás de cada papel que llegó tarde, hubo una vida que llegó a tiempo. Y a partir de hoy, quien quiera fabricar incertidumbre tendrá que hacerlo a la vista de todos. Porque cada vez que nombramos la trampa, la máquina pierde una pieza; y cada pieza que cae hace menos ruido que la voz de un pueblo que, aunque lo quieran en silencio, no se resigna.

Capítulo 5. El reloj roto del Estado

El tiempo es la primera institución. Antes que tribunales o ministerios, está el reloj que ordena lo que puede y lo que ya no. Por eso el poder que controla el reloj controla el resultado. Y en nuestro país hay dos relojes que no se hablan: el reloj judicial, que corre aunque no corra la noticia, y el reloj de la verdad, ese que late dentro de los archivos como una memoria obstinada: la metadata.

El **reloj judicial** vive en los encabezados: "en tiempo y forma", "precluyó", "extemporáneo". No tiene cara ni pulso; es una máquina que protege **intereses**. Empieza a correr cuando conviene, se detiene cuando conviene, declara que la vida llegó tarde aunque **nadie** haya llamado a la vida. Ese reloj conserva privilegios como se conserva el frío en una cámara: sin preguntarse por el cuerpo que guarda adentro.

El **reloj de la verdad** es menos solemne. No firma, no sentencia; **recuerda**. Está escondido en la letra chica de los documentos, en la fecha en que un PDF **nació**, en la hora en que **fue modificado**, en el programa que lo **fabricó**. Es un reloj humilde y feroz. No sabe de jerarquías; sabe de **instantes**. Y cuando estos no cuadran, cuando el papel jura un "21 de agosto" pero el archivo **nació** un "17 de abril", el reloj de la verdad golpea la mesa: **algo pasó fuera de su tiempo**.

Entre esos dos relojes transcurre la historia de nuestra persecución. Primero intentaron **pararnos el corazón** con armas y amenazas; después intentaron **adelantarnos el calendario** con constancias impecables. El crimen que mató a un padre quiso apoderarse de la **Universidad Abierta** y lavar su dinero bajo el abrigo del expediente.

Cuando no pudo, vino la guerra de los cronómetros: el del sistema corriendo sin nosotros, el de la verdad parpadeando desde los metadatos. **Dos tiempos, dos países.**

El tiempo injusto es un animal silencioso. No rompe puertas: oscurece. Se cuela en la casa de una persona mayor que abre el buzón cada mañana y no encuentra nada, y sin embargo —meses después— descubre que el plazo ya corrió. Se mete en la agenda de quien trabaja por día y pierde el salario persiguiendo una noticia que no camina. Se instala en las noches de quienes documentan todo y aun así escuchan la palabra "extemporánea" como si la vida debiera pedir perdón por su propio reloj.

Cuando el **reloj judicial** se impone, ocurre una inversión moral: el Estado trata su **tiempo oficial** como medida de la verdad y trata la **verdad vivida** como anécdota. Te dicen que te notificaron porque su reloj lo dice; si tu memoria no coincide, **te corrigen la memoria**. Es una pedagogía del sometimiento: aprendes que tu mañana vale menos que su "ayer" estampado. Aprendes a dudar de ti. Aprendes a **llegar tarde** aunque hayas llegado a tiempo.

El **reloj de la verdad** no sabe de esa pedagogía. Su lealtad es simple: **lo que ocurrió, ocurrió**. No conoce el eufemismo de "en lista", ni la comodidad de "se notificó". Si el archivo nació el día equivocado, no calla. Si lo tocaron después, lo registra. Si una constancia pretende existir antes de su nacimiento, la contradice. En un país donde lo público se ha vuelto un escenario para justificar lo injustificable, la metadata es un testigo que no **adula**. Por eso la desprecian. Por eso intentan **desoírla**. Porque su tictac —Creación, Modificación, Aplicación— no se arrodilla ante el membrete.

La **clase opresora** entendió el valor del tiempo mejor que nadie: quien define el **cuando** decide el **qué**. Por eso su reloj judicial es el arma favorita. Con él camufla despojos, deshace defensas, reescribe historias. Convierte la ausencia de aviso en **culpa**, la

protesta en **tardanza**, la irregularidad en **procedimiento**. Y así, mientras la gente corre detrás de un calendario que **no anunciaron**, los negocios oscuros caminan tranquilos por una alfombra de términos latinos. La impunidad es una cuestión de **agenda**.

Pero el país real no vive en su agenda. Vive en los **minutos rotos** de la fila, en la hora robada del almuerzo, en la madrugada sin sueño. Vive en un calendario tachonado de intentos, no de excusas. Por eso duele tanta frialdad: porque el reloj judicial no mide **vidas**, mide **coartadas**. ¿Qué justicia puede salir de un cronómetro que no concede a la gente el derecho obvio a **saber**? ¿Qué Estado puede llamarse Estado si sus plazos corren por cuenta de una **ficción administrativa**?

Lo que **no sabes sí te afecta**. Esta es la filosofía del tiempo injusto. No saber no te suspende el efecto; lo **acentúa**. El "no notificado" no es alguien que no quiso venir: es alguien que fue **excluido** a tiempo. La exclusión cronológica es la forma educada del despojo. No necesita un golpe; necesita un **sello**. No necesita barrotes; necesita una palabra: **extemporáneo**. Así, la vida a la que intentaron desaparecer de un balazo se intenta terminar con un calendario.

Y, sin embargo, el otro reloj insiste. Cada vez que aparecen los metadatos —ese latido oculto— se abre una grieta en la ficción. No porque la metadata "salve" por sí sola, sino porque desnuda el truco. Muestra que el plazo no corrió con la noticia, sino contra la noticia. Muestra que el documento llegó después a certificar que "estuvo antes". Muestra que el tiempo oficial fue un cuento. Esa luz no siempre alcanza para que cambien los fallos; alcanza para que no nos cambien la memoria. Y la memoria, en una tierra de relojes rotos, es la primera forma de justicia.

Nosotros conocimos ambos tictacs. El de la noche, cuando nos querían borrar de un tiro; y el del día, cuando nos quisieron borrar

con **papel**. Conocimos el reloj judicial que acelera cuando conviene a los mismos de siempre, y el reloj de la verdad que, tercamente, marcó que los archivos **nacieron fuera de escena**. Si hoy escribimos es porque hubo un instante —también cronológico— en el que una **mano argentina** nos sostuvo antes de que el expediente nos terminara. Ese instante pertenece al reloj que importa: el de la vida.

No pedimos que el Estado adopte la metáfora. Pedimos que sincronice. Que el plazo corra cuando corre la noticia. Que el "tiempo y forma" signifique que alguien existió para el expediente antes de exigirle existencia al expediente para alguien. Que la justicia salga de la dimensión del privilegio y respire aquí, en el único tiempo que importa: el tiempo humano.

Hasta que eso ocurra, seguiremos oyendo dos relojes en la misma sala: el que protege **intereses** y el que protege **hechos**. Uno dirá "venció"; el otro dirá "no llegó". Uno llamará "formalidad"; el otro dirá "fabricación temporal". Uno seguirá cubriéndose con latinajos; el otro repetirá tres palabras elementales: **nació, cambió, cuándo**. Y entre ambos, como siempre, **la gente**: ajustando su vida a un calendario que no escribió, defendiendo su verdad contra un tiempo que no la reconoce, recordando —contra toda pedagogía de la sumisión— que **sin noticia no hay plazo**, y que un país que acelera sus sellos para ocultar su silencio no tiene el reloj adelantado: **tiene el reloj roto**.

Capítulo 6. El precio de la justicia que legaliza crímenes

Hay países que pagan impuestos. El nuestro paga, además, un impuesto sombra: el costo diario de una justicia que legaliza crímenes. No aparece en el SAT ni en las estadísticas del mes; se cobra en horas perdidas, medicinas no compradas, talento que se va, familias endeudadas, cínicos nuevos. Es el país que paga por informar mal.

Todo empieza con una escena mínima: una notificación fantasma, una aclaración que nadie avisó, un plazo que corrió sin noticia. Parece un tecnicismo; es una transferencia de riqueza. Cada sello que sustituye a la verdad mueve dinero: del bolsillo que trabaja al bolsillo que manda, de la vida que espera a la cuenta que no espera, de la comunidad que cuida a la clase opresora que blanquea. Así de simple: si el papel decide contra la vida, el crimen cobra.

El primer costo es **trabajo perdido**. No es una metáfora: es la señora que falta al empleo por tercera vez para perseguir un documento que **no existe**; el obrero que regresa sin respuesta y pierde el bono; la docente que pide permiso para "ver si ya salió" y paga un taxi que no regresa. Ese día **no se produce**, **no se vende**, **no se enseña**. Es un país entero apagando y encendiendo motores por un procedimiento que **simula** funcionar. Lo llaman "trámite"; en la nómina se siente como **desempleo oculto**.

El segundo costo son **medicinas no compradas**. La opacidad se come primero lo imprescindible: la insulina que se difiere, los antibióticos que se parten para que alcancen, la consulta que se pospone; el dolor que se convierte en **hábito** porque el expediente "está en lista". La **salud** paga con intereses la mentira del papel. La

cuenta no llega a Hacienda; llega a la **cama**. Y cuando el cuerpo se rompe, la justicia administrativa ofrece la misma respuesta: **llegó tarde**.

El tercero es migración del talento. El trámite también es geografía. Donde la metadata contradice al reloj judicial, la gente que puede se va. Ingenieros, médicas, maestras, programadores: votan con los pies. No huyen del trabajo; huyen del absurdo. Nada desmoviliza más a una mente brillante que saber que la realidad no compite con el membrete. Cada notificación que aparece cuando conviene expulsa a alguien que conviene. La Universidad Abierta lo vio en carne viva: cuando intentaron arrebatárnosla —tras asesinar a mi padre y buscar lavar dinero con su infraestructura—, cada golpe en papel se llevó con él un proyecto, una beca, una investigación, una cátedra. Cuando no pudieron desaparecernos, el Gobierno de Ricardo Gallardo simplemente desapareció la Universidad dejando sin títulos a cientos de alumnos. El Estado prefiere destruir al pueblo, antes de dejar en estado de indefensión los privilegios de la clase opresora.

EL MENSAJE DEL GOBIERNO DE RICARDO GALLARDO CARDONA ES CLARO, INSTITUCIÓN O PERSONA QUE NO CEDA A LOS INTERESES DEL CRIMEN ORGANIZADO DESAPARECE.

El cuarto costo es la economía de "gestores": la industria del acceso a la claridad. Crecen los intermediarios que venden lo que el Estado retiene: información. Se cobra por "mover el portal", por "ver los avisos", por "arreglar tiempos". La opacidad se vuelve mercancía; la transparencia, un lujo. En esa orilla prospera el crimen organizado y su periferia: lo que el balazo no logró, lo intenta el oficio tardío. Universidades, tierras, contratos, carreras: todo circula mejor cuando la verdad no estorba. La

notificación fantasma no solo te quita un derecho; **lava dinero** con guantes blancos.

Hay un costo que no se ve y lo sostiene todo: la economía del cuidado. Quien acompaña trámites —madres, hijas, abuelas—pierde horas que nadie paga: filas, copias, entregas, esperas, "vuelva mañana". Son vidas enteras ajustadas al capricho de un sistema que no mira. Cuando la justicia se ausenta, alguien cocina antes y después, alguien trabaja doble, alguien envejece más rápido. Ese desgaste no se reporta; se hereda.

Sigue el costo financiero: tarjetas rotas por honorarios que compran tiempo, taxis que compran cercanía, certificaciones que compran credibilidad. Deuda para sobrevivir a un error que no cometiste. Y cuando por fin aparece el documento —nacido en otra fecha, modificado después, fabricado por un programa que delata al fantasma—, el sistema responde con una palabra higiénica: extemporáneo. La estafa se enuncia como si fuera orden.

El precio más silencioso es el **costo cívico**: **confianza** que se evapora. Si el Estado trata la **verdad vivida** como estorbo y la **constancia autogenerada** como dogma, la gente aprende dos lecciones brutales: **no sirve hablar**, **no sirve creer**. De ahí nace el **cinismo**: "todos son iguales", "así es", "mejor no te metas". Y el cinismo es la **hermana menor de la impunidad**. Con cada voz que se rinde, el método se consolida: **ellos** internalizan ganancias, **nosotros** socializamos pérdidas.

Lo he dicho y lo repito: la clase opresora no necesita ganar cada pleito; necesita posponer tu vida lo suficiente para cansarte. Lo intentó con plomo; lo perfeccionó con papel. En nuestra historia, cuando el balazo falló, vino la agenda: aclaraciones invisibles, notificaciones retroactivas, plazos sin noticia. El objetivo

siempre fue el mismo: **apoderarse** de lo ajeno y **lavar** lo sucio con membrete limpio. El costo siempre fue nuestro.

Hay, por último, un **costo moral** que no admite recibos: **ser declarado inexistente**. La notificación que aparece tarde es una sentencia sobre la **realidad**: lo que viviste **no vale**. Tu libreta no vale. Tu buzón vacío no vale. Tu miedo de noche no vale. Ese desprecio cotidiano —esa **contabilidad de una guerra oculta**—destruye algo que no se recompone con dinero: **la dignidad**.

Se dirá que exageramos, que son "errores", que falta "capacitación". Pero los errores aislados no arman un modelo de negocios. Lo que vemos es un método: informar mal para cobrar bien; notificar tarde para despojar sin ruido; firmar sin mirar para legalizar lo que empezó con violencia. Lo pagas tú, lo pago yo, lo pagamos todos, y al final ellos presentan el recibo como Estado de Derecho.

No ofrecemos consuelos. Ofrecemos una cuenta clara: trabajo perdido, medicinas no compradas, migración del talento, economía de gestores, deuda, cuidado invisibilizado, confianza erosionada, dignidad lastimada. Esa es la suma. Ese es el precio de una justicia que, en vez de proteger, perfuma el crimen.

Queda una verdad que ni el sello ni el plomo pudieron borrar: seguimos aquí. Si hoy este capítulo existe es porque, cuando el expediente quiso tragarnos, una mano externa nos sostuvo a tiempo y una comunidad interna no soltó la cuerda. Pero no debería depender Un país de eso. no puede indefinidamente la comodidad de sus opresores. Un país no puede seguir pagando por informar mal. Porque cada peso que se va en la economía del humo falta en la economía del pan. Y cada minuto que se ofrenda al reloj judicial es un minuto robado al reloj de la vida

Capítulo 7. El adulto mayor frente a la pantalla

Tiene **69 años** y una pantalla que no explica nada. El cursor parpadea como un semáforo en una carretera vacía. **Portal**, **buzón**, **lista**: palabras que parecen puertas, pero que se comportan como muros. Quien envejece descubre que la justicia se volvió **interfaz**: no habla, no mira, no espera. Exige. El Estado manda en segunda persona plural; responde en voz pasiva. Y en medio, **un cuerpo cansado** que aún así madruga, anota, intenta.

Desde ahí se entiende la crueldad de lo que vivimos: adultos mayores como blancos de un método que los deja solos frente a un sistema que se ausenta. No es un choque entre iguales; es una asimetría que se oculta bajo el barniz de la "modernidad". Cuando no llega el aviso, el reloj corre igual; cuando aparece tarde el papel, la culpa es del viejo; cuando se denuncia, aparece la "notificación" retroactiva; cuando se prueba la incongruencia, la pantalla dice: extemporáneo. Esa cadena —invisible desde los comunicados— desgasta vidas.

En ese escenario, los nombres importan porque la responsabilidad tiene nombre. Gabriela Romero Rangel, jueza del Juzgado Segundo, aparece en esta historia no como caricatura, sino como firma que validó decisiones que dejaron sin defensa a una persona mayor. El expediente —ese espejo que casi nunca devuelve el rostro de quien decide— lleva su rúbrica. Según nuestras denuncias, allí se privilegió la constancia autogenerada sobre la experiencia vivida, el sello sobre la verdad, la forma sobre la dignidad. Y cuando la verdad necesitó un gesto humano —mirar, escuchar, admitir—, respondió el automatismo de una cultura: "se notificó". Se: un sujeto que no existe.

La vulnerabilidad de un adulto mayor no es un argumento; es un hecho material. Menor movilidad, menos recursos para pagar "gestores", más distancia con el lenguaje técnico, salud frágil que no aguanta meses de idas y vueltas. Eso lo sabe cualquiera que convive con sus padres o abuelos. Y lo sabe, también, el crimen organizado. En nuestro caso, según lo que hemos denunciado, el rector de la Universidad Abierta —mi padre— fue envenenado y la agresión se intentó encubrir como "enfermedad de la vejez". Ese acto no fue sólo un ataque a una persona: fue un mensaje a una generación entera. A continuación —siempre según nuestras denuncias— vino la operación en papel: un testamento falso que pretendía adjudicar la Universidad a Luz Elena Banda Enríquez, una persona contratada para la limpieza. La sorpresa —para quienes planearon esa maniobra— fue jurídica: la Universidad no estaba a nombre del adulto mayor, sino del hijo. Ahí empezó la guerra judicial que se cuenta en estas páginas: si la bala falla, dispara la constancia.

Detrás de cada trámite hay una vida que se achica para caber en él. El adulto mayor aprende que su memoria no vale lo mismo que un PDF, que su libreta no pesa lo que un acuse, que su buzón vacío no compite con un "en lista". Y aprende, también, que la pobreza de recursos se confunde con culpa: si no contratas a quien "mueve" el portal, quedas fuera; si no pagas copias y taxis, llegas tarde; si no entiendes la jerga, "no sabes defenderte". Esa confusión no es inocente: abarata el despojo. La clase opresora no necesita justificar el robo si logra presentarlo como consecuencia natural de la incapacidad del viejo. El abuso se esconde en un adverbio: "oportunamente".

Proteger en una sociedad que envejece significaría lo contrario: adelantar la noticia al cuerpo, retrasar el plazo al documento; poner nombre a cada acto, quitar pasivas; acompañar antes de exigir; ajustar la técnica a la persona y no la persona a la técnica. Lo que vemos, tantas veces, es inverso: el sistema se exime y el

ciudadano se **autoacus**a. Esa inversión se multiplica cuando conviene a **intereses criminales**. En la alianza silenciosa entre **el Estado que se lava las manos** y **el crimen que se las llena**, el adulto mayor queda despojado de: su casa, su ahorro, su tierra, su nombre, su universidad.

La filosofía de este tiempo tiene una palabra triste: degradación. No es solo que falte dinero o sobren expedientes; es que se rompe el contrato básico de una comunidad: cuidar a quienes cuidaron. Si los viejos son estorbos para la eficiencia, la sociedad entera se empobrece. Si los viejos son escudos para blanquear despojos — "estaba enfermo", "no entendió", "no compareció"—, entonces la comunidad se vuelve cómplice de su propio deterioro. Hannah Arendt habló del mal que se hace desde la banalidad; aquí vemos el mal que se hace desde la indiferencia: el mal que firma sin mirar. Nada hay más "moderno" que una crueldad administrativa.

Alguna vez alguien escribió que la vejez es la forma más clara de la verdad: nos recuerda que el tiempo no se negocia, que la fragilidad no es excepción sino destino común. Un país que humilla a sus viejos se humilla a sí mismo. Les pide que corran la carrera de un portal que ni siquiera explica, y luego les niega el premio por "llegar tarde" a una pista sin señalización. En nuestro expediente, ese trato tuvo nombres y fechas: aclaraciones que nadie notificó, notificaciones que nacieron fuera de tiempo, plazos que corrieron sin noticia, resoluciones que desecharon pruebas idóneas. Según nuestras denuncias, la jueza Gabriela Romero Rangel decidió no mirar donde la mirada era obligatoria. Y en ese "no mirar" quedó certificado un mundo en el que la vejez es "problema del interesado".

La degradación social se mide menos por PIB que por **gestos**: una puerta abierta, un funcionario que **llama por el nombre**, una explicación **sin jerga**, un **plazo real** que empieza con la **noticia real**. Donde esos gestos faltan, crece otra economía: la de los

gestores, la de los **intermediarios** del sentido, la del **miedo**. Los viejos, que no son target de nada, se vuelven target de **todo**. Un sistema que los ignora termina **robándolos** en lo único que ya no pueden recuperar: **tiempo**. Y ese robo no deja vidrios rotos: deja **silencios largos**.

Hay una imagen que no se me va: mi madre frente a la pantalla, anotando día y hora, revisando correo, portal, lista. Nada. Semana tras semana, nada. Luego, la palabra "extemporánea" como un sello sobre la frente. Y, más tarde, el PDF que juraba haber existido cuando ninguno de nosotros lo vio. El Estado habló en pasado; la casa en presente. La metadata reveló que el archivo había nacido en otra fecha. El reloj de la verdad enfrentado al reloj que protege intereses. Y, aun así, el automatismo insistiendo: "se notificó". En ese choque se escucha el crujido moral de un país.

No escribo esto para pedir lástima; escribo para nombrar. Nombrar es la primera forma de protección cuando las instituciones se esconden. Nombrar a las personas mayores como sujetas de derecho, no como obstáculos. Nombrar a los funcionarios que deciden sin ver. Nombrar a los operadores criminales que usan el expediente como pantalla. Nombrar a los nombres propios que intentaron convertir una universidad en botín. Nombrar, incluso, a quienes desde fuera nos sostuvieron cuando aquí ya nos estaban borrando.

Si la sociedad envejece —y la nuestra lo hace—, la justicia deberá aprender un idioma nuevo: el de la presencia. La presencia es lo contrario de la pantalla muda. La presencia es explicar antes de exigir; acompañar antes de sancionar; admitir la prueba que muestra lo que el sistema no vio; sincronizar el reloj con la vida. La presencia es entender que proteger a quien tiene 69 años no es un favor: es el mínimo que le debemos a quien ya pagó, ya trabajó, ya cuidó. La presencia es, también, poner límite a quienes pretenden lavar su crimen con papel.

Si algún día —ojalá— **Gabriela Romero Rangel** leyera estas líneas, me bastaría con que entendiera esto: **la vejez no es una excepción procesal**. Es la **medida** con la que se prueba un país. Si la justicia no es capaz de **mirar** a quien más necesita que la miren, entonces no es justicia: es **decorado**. Y un decorado, por más membretes que cuelgue, no protege a nadie.

Capítulo 8. Cómo se fabrica una realidad oficial

La caverna de Platón, sin jerga y paso a paso

- El escenario. Imagina una cueva. Varias personas están encadenadas desde niños mirando solo una pared. No pueden girar la cabeza.
- La fuente de luz. Detrás de ellas hay un fuego permanente.
 Entre el fuego y los prisioneros pasan personas con figuras y objetos (titiriteros).
- Los titiriteros. Por esa pasarela caminan personas que cargan objetos y figuras (animales de madera, máscaras, símbolos). La luz del fuego proyecta sombras de esos objetos en la pared. Los encadenados solo pueden ver dicha pared.
- 4. La única realidad. Como las y los encadenados solo ven sombras y oyen ecos (proyectados por los titiriteros), creen que las sombras son la realidad, su verdad. Para ellos, la sombra de un perro es "el perro". No conocen otra cosa.
- Girarse duele. Si uno se suelta, gira y ve el fuego y los objetos reales, le duelen los ojos: lo verdadero hiere al principio. Entiende que la sombra era copia pobre de algo con cuerpo.
- Salir al exterior. Si sale fuera de la cueva, el sol encandila; después, ve el mundo: árboles, agua, personas. Lo real existe fuera del muro.

7. Volver a contar. La persona que fue al exterior y experimentó la verdad, si regresa y cuenta lo que vio, quienes siguen encadenados se burlan o lo agreden. Prefieren la seguridad de la sombra (la realidad proyectada por los titiriteros) al riesgo de la verdad.

La caverna hoy (justicia, medios y poder)

- La **pared** es nuestra red de **pantallas**: portales, redes sociales, boletines, noticieros, "sistemas".
- El fuego es el dinero (pauta, publicidad oficial, inversión privada) que ilumina unas historias y deja otras en oscuridad. Quien más paga, más fuego pone.
- Los titiriteros son la clase dominante (operadores políticos, cúpulas administrativas, crimen organizado y sus voceros) moviendo objetos: documentos, "constancias", frases como "en tiempo y forma", "se notificó".
- Las sombras son los titulares, los acuses y los PDFs que "aparecen".
- Las cadenas son la dependencia económica, el lenguaje técnico, la asimetría de información y el miedo.
- El sol afuera es la vida vivida y la prueba verificable (la metadata, la cronología real, los cuerpos que sí estuvieron).

Cómo se proyecta "la forma" hoy, con detalle:

 Se decide el guión: desde un despacho se fija la versión que conviene ("todo fue legal", "no hay corrupción", "quedó notificada").

- 2. **Se fabrica el objeto**: comunicados, **PDFs**, actas, "listas" y "acuses" que **encarnan** el guion.
- 3. **El fuego paga la luz**: pauta y recursos **empujan la historia** a primer plano.
- 4. **El muro la multiplica**: medios, redes y portales **repiten** hasta que la sombra **parece** realidad.
- 5. La liturgia la bendice: alguien firma sin mirar; un juzgado sella; la pantalla dice "el sistema indica".
- 6. La población solo ve sombras: plazos que corren, constancias que pesan, vidas que no aparecen.
- 7. Castigo al que se voltea: si muestras metadata o contradicciones, te ridiculizan: "te equivocaste", "no entendiste el sistema", "llegaste tarde".

LA REALIDAD OFICIAL DESAPARECE A LAS VÍCTIMAS, A LOS MÁS DE 120,000 PERSONAS DESAPARECIDAS EN LA NACIÓN.

Hoy la caverna no es un mito: es un ecosistema. El muro son las pantallas; el fuego, la inversión publicitaria; los titiriteros, la clase dominante y los medios que alquilan su luz al mejor postor. Quien paga, prende la fogata; quien no paga, mira sombras. La realidad deja de ser lo que vivimos y pasa a ser lo que aparece: trending topics, boletines, "coberturas especiales", constancias y sistemas. Y a fuerza de mirar siempre el mismo muro, aprendemos a nombrar "real" lo visible y "mentira" lo que no se ve.

En el expediente público, la caverna se vuelve liturgia del documento. Si está en el sistema, "existe"; si no, no existió. Una notificación fantasma "en tiempo y forma" vale más que un buzón vacío; un acuse nacido fuera de fecha pesa más que la agenda de una persona mayor; un dictamen con membrete neutraliza una denuncia con lágrimas. La clase opresora domina este dialecto: no necesita desmentir tu vida, le basta con publicar su sombra. Los medios que viven de ganar dinero amplifican la versión que paga mejor; el Estado la legitima con su sello; el crimen organizado la usa como cortina y pasadizo. Así, lo privado compra lo público y lo público se alquila para intereses privados.

Y sin embargo, fuera de la caverna hay **suelo**. No un paraíso: **suelo**, con polvo, cansancio, dolor y fechas. Allí están los **metadatos** como piedras que no aceptan maquillaje; allí está el **reloj de la verdad** marcando tres golpes tercos: **nació, cambió, cuándo**. Esa cadencia no tiene departamento de marketing ni pauta digital. No compite por rating; **resiste**. Por eso la niegan, la reducen a "tecnicismo", la ridiculizan con sonrisas de comentarista: si aceptaran su pulso, tendrían que **reconocer la mentira** del fuego.

¿Quién fabrica la **realidad oficial**? Quien domina **dos hornos**: el de la **imagen** y el del **documento**. Con uno calienta la opinión; con el otro, cocina los hechos. El primer horno se llama **narrativa**: "no hay corrupción"; "se notificó"; "todo fue legal". El segundo se llama **sistema**: pantallas que dicen "**quedó enterada**", **actas** que canonizan la sombra, **listas** que sustituyen voces. La fogata ilumina el muro; el membrete bendice la sombra. Lo demás —lo que vivimos— estorba.

Esa **maquinaria** no se entiende solo con teoría; se siente en el estómago. A nosotros nos dijeron que **no existió** lo que **sí sucedió**: el **asesinato** de un padre presentado como "enfermedad", la tentativa de **apoderarse** de una **universidad** blanqueada con papel, la **persecución** reescrita como "procedimiento". Lo que no

pudo el **plomo**, intentó lograrlo la **sombra**. Y cuando señalamos la grieta —la **metadata** que no cuadra, la **cronología** que no existe—, contestó la caverna: "así dice". Quien paga, prende la fogata; quien no, se vuelve **invisible**.

No es solo México: es el modo en que la modernidad cansada gestiona su culpa. Externaliza el daño en forma de procedimiento y terceriza la mirada en forma de pantalla. "No nos miren a nosotros —dice el muro—; miren la sombra." Mientras tanto, el país real paga: tiempo, medicinas, dignidad, talento que migra. Y en los pasillos del poder alguien firma sin mirar, como si la firma fuera un acto de fe y no de responsabilidad. La sombra queda consagrada.

Hay un punto, sin embargo, en que hasta la caverna tose. Ocurre cuando la vida insiste: una madre que anota cada amanecer sin novedad, un archivo cuya fecha de creación traiciona la misa, un pueblo que no olvida. No es épica; es terquedad. Las sombras no tienen reloj propio: dependen de quien enciende la fogata. La verdad, en cambio, guarda su hora aunque apaguen el fuego.

Por eso este capítulo no pide confianza: pide **luz**. **Luz** como posibilidad de volver a ver el mundo **fuera** del muro, aunque duela. **Luz** como obstinación de nombrar lo que no se quiere escuchar. **Luz** como prosa seca que diga: esa notificación **no existió** cuando dicen que existió; ese acuse **nació** en otra fecha; ese programa **delata** una edición que la liturgia niega. No porque esa luz "gane" el caso —ya sabemos que la caverna protege a los suyos—, sino porque **impide que las sombras ganen también la memoria**.

La caverna tiene un último truco: hacerte creer que **no hay afuera**. Que todo es fuego y muro. Que la única verdad posible es la que flota en su calor. Por eso importa insistir: **hay afuera**. Afuera están los cuerpos que vivieron lo que el papel niega, los barrios donde no llegó la lista, los correos que no sonaron, los **metadatos** que no obedecen a nadie. Afuera está el lenguaje sin eufemismos:

asesinato, despojo, lavado, connivencia. Afuera está el silencio que no es resignación, es fuerza que espera su hora.

Caja de Realidad — Tres líneas de luz

Creación. El **nacimiento** del PDF. Si la sombra asegura un día y la memoria técnica registra **otro**, no es duda: es **fisura**.

Modificación. El rastro de un **toque posterior**. La sombra que "estuvo siempre" no admite **ediciones** que cambian su historia.

Aplicación. El **cómo**: escáner tardío, editor, sistema. Cuando el fuego dice "automático" y la herramienta dice "ajustado", el muro **pierde** su fe.

No son instrucciones: son **nombres**. Nombrar es traer al mundo lo que la fogata pretende **ahumar**. En la caverna, **quien paga** el fuego compra la **forma**; afuera, lo que queda —y nos queda— es el **contenido**: vidas que resisten, tiempos que no cuadran, **archivos** que recuerdan. Si el país decide volver a mirar, la sombra volverá a ser lo que siempre fue: **una señal de algo, no su sustituto**. Y la justicia, si quiere merecer su nombre, tendrá que salir también a la **intemperie**: dejar de adorar el muro, **mirar el sol**, y aceptar que **la verdad no se decreta: se constata**.

Capítulo 9. La defensa imposible

Piden pruebas. Piden fechas exactas. Piden registros que solo existen dentro de los servidores del propio sistema. Piden, en realidad, lo imposible: que demuestres lo que no puedes ver. La carga probatoria desciende como una losa sobre quien no tiene llaves, ni accesos, ni permisos. La puerta es del Estado; el candado, también; la llave, sobre todo. Y aun así, te acusan de no haber entrado.

La realidad oficial tiene una crueldad elegante: te obliga a viajar al pasado. Debes defenderte hoy de una "notificación" que no existía ayer y que, sin embargo, el expediente jura que sí existió. El papel aparece después para decir que estuvo antes. A partir de ahí, todo es un teatro contra la física: te llaman extemporánea por no responder a un acto que no había nacido en el momento en que, supuestamente, debiste responder. La justicia pide relatividad a conveniencia: dobla el tiempo para que el antes obedezca al después. Pide que una persona de 69 años haga lo que ni Einstein: defenderse en un instante que no ocurrió.

Ese mandato absurdo tiene un diseño. Cuando la evidencia crítica —logs de publicación—envío—lectura, sellos, zona horaria, cadenas de custodia— reposa dentro del órgano que te juzga, el proceso se vuelve una carrera con la mirada vendada. Te exigen certezas que solo podrían dar quienes te niegan el acceso. Si pides inspección, te dicen que es "técnica" y la rechazan. Si ofreces pericial, te responden que el sistema "ya acredita". Si solicitas preservación, el reloj oficial corre en tu contra. Todo está colocado para que cargues con la prueba negativa de lo que no pasó: demuestra que no fuiste notificada cuando yo digo que sí lo fuiste. Demuéstralo, además, sin ver mis servidores.

Así nace la defensa imposible: un ritual donde la víctima debe reconstruir un pasado que el propio Estado reescribió. Lo que tu vida recuerda —buzón vacío, portal sin cambios, libreta con días en blanco— se vuelve irrelevante frente al membrete. La metadata, ese reloj de la verdad que marca nació—cambió—cuándo, es la única grieta donde entra aire. Pero incluso cuando señala la fractura —el archivo nació en otra fecha, fue modificado después, se generó con un programa que delata ajuste—, la maquinaria responde con su catecismo: "en tiempo y forma". La palabra "forma" operando como máquina del tiempo.

La clase opresora perfeccionó este método: con el reloj judicial controla el resultado. Si puede mover el pasado con una constancia tardía, no necesita probar la realidad; basta imponerla. Lo que empezó como violencia en la calle termina como historia oficial en el expediente. Y al ciudadano se le demanda una proeza metafísica: revivir un ayer que no existió para no perder un mañana que ya te quitaron. Cuando la prueba está en manos del que acusa, la carga no solo aplasta: silencia. Aprendes que ninguna explicación bastará si la explicación debe encajar en un tiempo fabricado.

El resultado es un país donde defenderse es asimilar una mentira temporal. Debes hablar como si hubieras sido avisada, moverte como si hubieras conocido el examen, aceptar que el después gobierna al antes. La justicia, así, se convierte en parodia de ciencia: niega la causalidad, invierte el orden, suprime la experiencia. A la pregunta humana —"¿cuándo me avisaron?"— responde con una ficción administrativa: "cuando el sistema lo dice". Y el sistema lo dijo luego.

En nuestra historia, esa parodia fue arma. Intentaron matar el cuerpo y, cuando no pudieron, mataron el tiempo. Aparecieron notificaciones para certificar un pasado que jamás vivimos, corrieron plazos que no tuvieron punto de partida, desecharon

pruebas que mostraban la discordancia. Todo para que la Universidad cambiara de manos en papel como no pudieron cambiarla por la fuerza. La ecuación es sencilla: si el Estado puede modificar el pasado con su verdad oficial, el ciudadano solo puede perder el futuro.

Y, sin embargo, hay una resistencia mínima que sostiene: nombrar el imposible. Decir sin vergüenza que nos ordenan viajar en el tiempo, que nos piden ver lo que no se puede ver, que nos cargan con una prueba negativa que ningún sistema serio exige. Decir que la metadata contradice el calendario del altar, que el reloj humano no admite trucos, que el plazo solo es justo si empieza con la noticia. Decir que el silencio no es prueba, que la ausencia no es culpa, que un archivo no puede haber estado antes de haber nacido. Decirlo no lo arregla, pero impide que también nos roben la memoria.

La **defensa imposible** revela el secreto de esta época: no buscan solo tu derrota, buscan tu **inverosimilitud**. Que digas algo que suena increíble —"me piden viajar al pasado"— para que parezcas frágil antes de empezar. Pero es la verdad: **te exigen lo físicamente imposible**. Y un país que normaliza esa exigencia no tiene justicia: tiene un laboratorio de **tiempos amañados**. Allí, la inocencia llega siempre tarde, la culpa siempre a tiempo y la verdad, cuando aparece, ya no cabe en el formulario.

Si alguna vez la justicia ha de volver, tendrá que reconciliar el tiempo: sin noticia no hay plazo; sin acceso no hay carga. Lo demás seguirá siendo magia barata en un tribunal serio: el truco de sacar un pasado del sombrero para desaparecer a la persona del presente. Mientras ese truco siga en escena, nuestra tarea es no aplaudirlo: decir que es truco, señalar el hilo, mostrar la mano. No podremos cambiar el reloj que inventan, pero sí cuidar el que somos. Porque hay horas que ningún sello puede mover: las horas en las que no hubo nada. Y sobre ese vacío —real, verdadero,

comprobable— se derrumba, tarde o temprano, toda **realidad oficial**.

Capítulo 10. Filosofía de la dignidad humana. El sistema vale más que la vida humana

Yuval Noah Harari, en *Sapiens*, explica que nuestra especie conquistó el mundo no por ser la más fuerte, sino por creer **juntos** en **historias compartidas**. Estados, religiones, dinero, empresas: **órdenes imaginados** que existen **solo** en la **mente colectiva**, pero que coordinan a millones. La ley, la moneda, la nación no están en la naturaleza; **viven** porque **creemos** en ellas y **actuamos** como si fueran reales. Al principio, esos sistemas eran **herramientas** para que los humanos **sobrevivieran**. Luego ocurrió el giro: como con el trigo que "domesticamos" pero terminó **domesticándonos** (más horas de trabajo, menos salud), también el **sistema económico** nos amarró a su altar. Nació la **religión del crecimiento económico**: **crecer** por **crecer**, aunque la vida se achique. De medio se volvió **fin**. De siervo pasó a **amo**. Hoy, demasiadas decisiones se toman para **servir** a la gráfica, no a la persona.

De allí brota el dogma más frío de nuestro tiempo: el sistema vale más que la vida. "Procedimiento", "lista", "acuse", "en tiempo y forma": palabras que blindan una realidad oficial aunque la realidad vivida grite lo contrario. Si el archivo "dice", es; si la persona sufre, que se adapte. El sistema ya no nos ayuda a existir: nos exige existir a su manera. Quien no cabe en sus casillas —una persona de 69 años que no recibió noticia, una familia que documentó la metadata que contradice la constancia— queda fuera del mundo válido. No importa la verdad; importa el formato.

Aquí entra el **poder**: cuando el **crecimiento perpetuo** es el dios, la burocracia y el expediente son su clero. El papel no piensa, **absuelve**. Y quienes administran ese altar aprenden —o deciden—

que la dignidad es un costo prescindible. Según lo que hemos denunciado en este libro, Gabriela Romero Rangel validó actos que normalizaron dejar sin defensa a una persona mayor para sostener la narrativa del sistema. No es solo una firma: es la pedagogía de la despersonalización. Primero fue el crimen en la calle —el asesinato del rector presentado como "enfermedad de la vejez", el testamento falso que buscaba adjudicar la Universidad—; después vino el crimen en papel: aclaraciones que nadie notificó, notificaciones que nacieron fuera de tiempo, plazos que corrieron sin noticia. El sistema, ese imaginario que construimos para cuidarnos, se volvió máquina de blanqueo para negocios ilícitos. No es un accidente: es el modelo de una economía que protege lo que rinde, aunque no sea justo.

Cuando la **dignidad** se retira, el lenguaje se congela. La persona se convierte en "**interesada**"; su casa, en "**domicilio**"; su tiempo, en "**plazo**"; su memoria, en "**improcedente**". La vida pierde calor hasta que parece razonable **desechar** pruebas que **muestran** lo que el sistema **no quiere ver**. Y así, el país aprende que **valer** no es **ser**, sino **encajar**. El adulto mayor deja de ser alguien; pasa a ser un **problema de trámite**. La universidad deja de ser comunidad; pasa a ser **botín contable**. El dolor deja de ser prueba; pasa a ser **ruido**.

Por eso decimos: no pedimos milagros; pedimos ver lo que nos afecta. La transparencia no es un lujo técnico: es respeto básico. Ver es reconocer: cuándo nació un PDF, cuándo fue modificado, con qué se generó. Ver es sincronizar el reloj judicial con el reloj de la verdad. Ver es admitir que sin noticia no hay plazo. Ver es recordar que el sistema existe porque lo sostenemos, y que si el sistema humilla a quien debe proteger, es el sistema el que está en falta. La transparencia no promete paraísos; devuelve lo elemental: trato humano. Sin transparencia, todo diálogo es catecismo; toda defensa, imposible.

El sistema nos ha domesticado: ajustamos nuestro sueño a su agenda, nuestra salud a su fila, nuestra memoria a su membrete. Por eso, personas corruptas prosperan: aprendieron a hablar el idioma del crecimiento sin rostro. Su tarea diaria es aplastar la dignidad para que la curva suba: cerrar ojos, firmar sin mirar, negar lo que estorba. En México, ese crecimiento incluye proteger negocios ilícitos: si lo sucio rinde, el sistema lo reconoce como "realidad" y la justicia lo legaliza por cansancio o por diseño. La vida, mientras tanto, hace fila frente a portales mudos.

La filosofía sencilla que nos queda es ésta: la dignidad humana no es negociable. Si el sistema exige silencio, se le rompe el micrófono. Si exige plazos sin noticia, se le rompe el reloj. Si exige crecer destruyendo, se le niega la obediencia. La transparencia es la primera desobediencia legítima: ver y hacer ver. Ver la metadata cuando el altar exige fe; ver el cuerpo cuando el formulario niega su existencia; ver la mano que enciende la fogata de la caverna y proyecta sombras con dinero.

Todo esto empezó como imaginario. Podemos reimaginarlo. Nadie votó por una justicia que valga más que una vida. Nadie aceptó una economía que justifique asesinar a un padre y borrar una universidad. Las historias compartidas se sostienen o se caen dependiendo de cuántos sigan creyendo. Nuestra tarea es dejar de creer en la sombra cuando contradice la luz. Lo humano —la cara, el nombre, la hora, la verdad— vale más que cualquier expediente. Y si el sistema no lo entiende, que se ajuste él: fue creado para servirnos, no para sacrificarnos. Transparencia, entonces, no como consigna: como manera de mirar que le devuelve al país su eje. Porque sin esa mirada, todo es contabilidad; con esa mirada, al menos, vuelve la dignidad.

Capítulo 11. El antinatural Poder Judicial

El Poder Judicial que padecemos es antinatural. Lo es porque invierte el orden de la vida: pone papel antes que cuerpo, efecto antes que causa, plazo antes que noticia. Niega lo que la biología, la física y la ética acuerdan como sentido común del mundo. En la naturaleza, primero sucede y después se anota; en este régimen, primero se anota y después se pretende que haya sucedido. Ese truco administrativo es una teología: el sistema como dios, la persona como hereje.

La phýsis —lo que nace, crece, duele, envejece— tiene leyes humildes: la flecha del tiempo, la irreversibilidad del daño, la fragilidad de los cuerpos. En ese suelo, la dignidad no es un lujo: es el modo mínimo de estar con otros. Nomos —la regla— se inventó para ordenar esa vida, no para desmentirla. Pero aquí el nomos sofoca a la phýsis: la norma ya no sirve a la vida; la sustituye. Por eso decimos antinatural: porque exige que un adulto mayor haya sabido lo que no se le dijo, que haya respondido a una notificación que nació después, que haya estado donde el propio expediente confiesa que todavía no había nada. La justicia, convertida en máquina, quiebra la causalidad.

La física enseña que la información no viaja más rápido que la luz: no puedes recibir ayer una señal enviada mañana. El amparo civilísimo de la vida diría lo mismo: no puedes responder algo que no te ha llegado. Sin embargo, el reloj judicial decreta que el mensaje existió cuando no existía, y te llama extemporánea por no responder dentro de un cono de luz que jamás tocó tu cuerpo. Es una burla para la física: una notificación retroactiva es una partícula que aparece fuera del tiempo y aun así te obliga a obedecer su trayectoria.

La biología, a su vez, no es un trámite: un cuerpo de 69 años no procesa violencia administrativa como un algoritmo. Necesita explicación, ritmo humano, auxilio. El Poder Judicial antinatural no ve esa materia viva: ve formularios. Cuando Gabriela Romero Rangel —símbolo aquí de un modo de decidir— convalida "acuses" que nacen fuera de fecha, desecha pruebas que muestran la fractura, y protege la liturgia de "en tiempo y forma" contra la experiencia de quien madrugó a un portal mudo, no está "aplicando técnica": está consagrando una metafísica donde el signo vale más que la sangre. Según lo que hemos denunciado, su firma participa de ese orden que legaliza lo que antes intentó imponerse a plomo: la captura de la Universidad Abierta, el lavado tras el asesinato de un rector, el despojo presentado como procedimiento.

La ética —que no es otra cosa que **atención**— dice: **mira** al vulnerable primero, **afina** la regla a su medida. El Poder Judicial antinatural responde: **ajusta** al vulnerable a la regla, **rompe** lo que no encaja, **declara** inexistente lo que no cabe. Su dios es **el crecimiento de la forma**: más constancias, más métricas, más dictámenes que **purifican** la economía de los **ilícitos** y su periferia. En México, el **crecimiento** que rinde es el que **blanquea** negocios **criminales** con papeles impecables. El juez no necesita disparar: con **un sello**, **abre el pasado** y **lo reescribe**. **Cronos** devora a sus hijos en latín.

Todo poder que niega la vida inventa un mundo estático donde nada pasa salvo lo que el poder dice que pasó. Así funciona la realidad oficial: sombras de Platón proyectadas por presupuestos y **convenios**. Quien mira hacia el fuego real —**metadata** que marca nació-cambió-cuándo, buzones sin aviso, libretas con días en blanco— regresa encandilado a la caverna y es ridiculizado: "no entendiste el sistema". No ignorancia: es es ontología programada. En ese credo, el sistema vale más que la vida porque la vida contradice la comodidad del sistema.

El resultado antropológico es devastador: aprendemos a desconfiar de la memoria y a venerar la pantalla. Aprendemos que el cuerpo miente y el PDF dice la verdad. Aprendemos que la dignidad es un costo y la obediencia una virtud. Aprendemos, en suma, que existir no basta: hay que existir en formato. Esa domesticación no es accidente; es programa. El crimen organizado sabe leerlo: donde el tribunal exige milagros temporales, la mafia ofrece atajos; donde la ley cierra los ojos, el negocio abre las cajas. El derecho se vuelve ornamento de la economía del daño.

¿Qué sería natural? Natural sería que la noticia preceda al plazo, que la evidencia sea visible para quien debe desvirtuarla, que la firma cargue con ojos, que el sistema recuerde haber sido inventado para la vida y no en lugar de ella. Natural sería que la irreversibilidad del dolor pesara más que la comodidad de un acuse. Natural sería una justicia que acepta el tiempo (no lo doble) y admita el cuerpo (no lo borre). Natural sería que el expediente le rinda cuentas a la realidad, y no al revés.

No pedimos metafísica: pedimos mecánica elemental. Si no hubo aviso, no corre el plazo. Si el archivo nació después, no existió antes. Si la prueba está en tus servidores, no me exijas verla sin verla. Si la persona es mayor, no la trates como portal. Si la metadata contradice tu homilía, no me pidas fe: corrige tu reloj. Estas frases —tan simples que ruborizan— hoy suenan radicales porque el Poder Judicial ha olvidado la gramática de la vida. Y cuando el Estado olvida la vida, la filosofía deja de ser un lujo: es el último idioma que nos queda para decir no.

El Poder Judicial antinatural no es invencible; es inverosímil. Depende de que aceptemos lo imposible como normal: viajar al pasado, responder a lo inexistente, rendir culto a la sombra. Se sostiene en el cansancio, no en la verdad. Por eso seguimos aquí, nombrando el hilo del truco cada vez que el mago golpea la mesa. No es heroísmo: es higiene del mundo. Mientras quede alguien

diciendo esto ocurrió así y no así, este archivo nació cuando dice la máquina y no cuando dice el altar, esta vida no cabe en su formulario, habrá una naturaleza que no se deja.

Cuando la justicia vuelva a ser **natural**, no necesitará adornos. Bastará con que **mire**, **escuche**, **cronometre con nosotros**, y recuerde la oración más corta de la filosofía: **primero la vida**. Todo lo demás —el sistema, sus métricas, su teología de la forma— es secundario. Si olvida ese orden, deja de ser justicia; se vuelve **decorado**. Y el decorado siempre cae cuando entra el aire. Aquí estamos, abriendo ventanas.

Capítulo 12. El capitalismo tardío

Al comienzo, el **capitalismo** fue herramienta: una forma de coordinar trabajo, riesgo y deseo para salir de la escasez. Construyó caminos, vacunas, libros; encendió fábricas y, con ellas, la promesa de que **mañana** sería mejor que **hoy**. Pero esa herramienta aprendió a usarnos. Lo que nació para servir a la gente terminó **domesticando** a la gente. El **capitalismo tardío** es esa fase en la que los **intereses privados** ya no empujan al Estado: **lo ocupan**. Ya no piden reglas: **las escriben**. Ya no compiten en el mercado: **compran el mercado** y el árbitro. Y cuando la contabilidad manda, la **vida humana** es un renglón flexible, la **naturaleza** un insumo, la **dignidad** un costo.

Se ve en lo pequeño: un expediente que vale más que un cuerpo, una notificación fantasma que vale más que un buzón vacío, una jueza que firma sin mirar porque el sistema —ese dios moderno—"indica". Se ve en lo grande: medios de comunicación que llaman "realidad" a lo que paga pauta; gobiernos que confunden crecimiento con salvación aunque el crecimiento consista en lavar dinero, blanquear despojos, legalizar violencias con papeles impecables. En México, la alianza es descarnada: Estado y crimen organizado comparten pasillos cuando la gráfica lo requiere; uno pone el sello, el otro la pistola, ambos la narrativa. El resultado tiene nombres: un rector asesinado presentado como "enfermedad"; un testamento falso para adjudicar una universidad; aclaraciones que nadie notificó; plazos que corrieron sin noticia. El capitalismo tardío convierte la impunidad en modelo de negocios.

Alguien dirá que exageramos, que el mundo siempre fue así. No. Hubo un tiempo —imperfecto, sí— en que todavía distinguíamos **medios** y **fines**. Ahora el **crecimiento perpetuo** es fin en sí mismo:

crecer aunque la biosfera se encoja, aunque la ciudad se vacíe, aunque la gente se vuelva invisible. El poder judicial que describimos es antinatural porque obedece esa teología: plazo antes que noticia, sello antes que verdad, forma antes que vida. Si la cifra sube, todo vale; si la curva baja, todo estorba. Por eso una persona de 69 años puede ser tratada como obstáculo y no como sujeto; por eso la metadata —el reloj de la verdad— es despreciada cuando contradice la misa; por eso una jueza puede considerar normal que la gente viaje al pasado para defenderse de un acto que no existía.

No se trata de nostalgia ni de catecismos nuevos. Se trata de aceptar que el ciclo que nos trajo hasta aquí se agotó. Fue necesario para salir de hambres antiguas; se volvió mortal cuando convirtió la vida en externalidad. La pregunta no es "¿izquierda o derecha?", sino ¿vida o contabilidad?. Lo sabido ya no alcanza. Necesitamos imaginar formas de gobierno que no aspiren a administrar sombras, sino a cuidar lo vivo: ni altar del mercado ni altar del partido; un sistema de la vida.

¿Qué sería eso, dicho sin catecismos? Un orden que ponga límites materiales antes que promesas infinitas. Que reconozca que la naturaleza no es proveedor sino condición. Que trate la dignidad como presupuesto, no como posdata. Que mida con tiempo humano: la noticia precede al plazo, el acceso precede a la carga, la persona precede al formulario. Que convierta la transparencia en respeto básico: la verdad verificable (¿cuándo nació el documento? ¿cuándo cambió? ¿con qué se generó?) como gramática civil, no como tecnicismo. Que exija a cada institución rendir cuentas al reloj de la verdad y no al de sus métricas.

Un sistema de la vida sabría que la **economía del cuidado** sostiene a todas las demás y la pondría al centro; que la **inteligencia artificial** no "decide" personas, **asiste** y deja **rastro auditable**; que la palabra pública vale si puede ser contrastada; que la propiedad se justifica si no destruye lo común; que la ganancia es legítima si no produce daño que otros pagan; que la seguridad no es militarizar pasillos, es desactivar negocios ilícitos que hoy el sistema protege porque rinden.

No pedimos pureza; pedimos inversión del orden. Primero la vida, después el modelo. Primero la dignidad, después el crecimiento. Primero la naturaleza, después el plan. Lo contrario —lo que hoy manda— ya mostró su cara: una maquinaria que legaliza crímenes, que invisibiliza a las víctimas con "en tiempo y forma", que convierte a las y los jueces en sacerdotes de la forma. La firma que normaliza el atropello no es una anécdota: es un acto de fe en la religión del rendimiento. La nuestra es otra fe: las cosas tienen que existir fuera del formulario para que el formulario tenga sentido.

Quizá este sea el punto: desfascinar el dinero. Recordar que el valor no es precio, que el futuro no es tasa, que el éxito no es curva, que el Estado no es ventanilla de accionistas. Recuperar la obviedad de que ninguna universidad se hereda a punta de sombras, de que ningún asesinato se blanquea con papeles, de que ningún pueblo cabe en un acuse. El capitalismo tardío necesita nuestra credulidad; sin ella, sus sombras son solo eso: sombras. Si dejamos de creer que "así es", empieza a ser de otro modo.

No sabemos cómo se llama lo que viene. Sabemos cómo suena: a agua antes que a extracto, a tiempo antes que a KPI, a cuidado antes que a trámite, a presencia antes que a portal. Su bandera no es de izquierda ni de derecha: es verde de monte, azul de cielo, roja de sangre humana que no se negocia. No prohíbe vender; prohíbe vendernos. No odia el mercado; ordena el mercado para que nadie tenga que entregar su vida por una gráfica.

Es posible que nos llamen ingenuos. **También llamaron ingenuo** al primero que dijo que las **sombras** no eran el mundo. De ese gesto nacieron ciudades, ciencia, pan. Hoy, decir que **la vida** está antes que la **contabilidad** suena a herejía en ministerios y juzgados. Está bien. Toda **revolución sensata** empieza como una herejía de lo obvio. Si el **capitalismo tardío** convirtió al Estado en **apéndice del dividendo**, toca volver a decir —claro, sin gritar— que **el Estado somos nosotros**: cuerpos, memoria, naturaleza; que **la justicia** no puede seguir viviendo en otra dimensión; que **la dignidad** no entra en Excel, pero sin ella **nada** es legítimo.

Lo que pedimos es mínimo y por eso es inmenso: que el sistema vuelva a su sitio. No arriba, debajo. No como amo, como herramienta. No para eternizar ganancias, para proteger la vida. Si hace falta un nombre, démosle uno simple: sistema de la vida. Y que su primera regla, escrita sin latín, diga: ningún interés privado, por poderoso que sea, puede poner precio a lo que nos sostiene —la persona y la tierra—. Si logramos eso, el resto—formas, partidos, etiquetas—ya encontrará su lugar. Si no lo logramos, seguiremos contando cómo una notificación nacida tarde valió más que un país a tiempo. Y esa sí sería la derrota final.

Capítulo 13. Reforma o revolución

Una jueza elegida democráticamente que reproduce el mismo método de impunidad y cinismo demuestra que el voto, sin transformación del aparato, es maquillaje. Cambian las caras y el membrete, no el modo: plazos antes que noticia, acuses antes que vida, sello antes que verdad. Lo vimos —según nuestras denuncias— cuando Gabriela Romero Rangel validó la maquinaria que declara "en tiempo y forma" donde hubo silencio, que desecha pruebas que contradicen la liturgia, que exige a una persona mayor viajar al pasado para responder a un acto que no existía. La elección no curó; certificó. La democracia devino trámite cuando se volvió proveedora de legitimidad para un sistema autónomo que se defiende a sí mismo. Esto no es excepción: es síntoma.

De allí la pregunta que nos atraviesa: ¿reforma o revolución? La reforma promete corregir los excesos de la máquina sin apagarla: mueve organigramas, renombra ventanillas, escribe protocolos. Es el arte del gatopardismo: cambiar algo para que todo siga igual. En reformas sucesivas, el aparato aprende a metabolizar la crítica: incorpora vocabulario ("transparencia", "enfoque de derechos"), crea unidades con nombres hermosos y preserva lo esencial: que el sistema valga más que la vida. Reformar, así, es redistribuir el poder entre los mismos, no devolverlo a la gente. Es cambiar de manos el timón de un barco que ya decidió su rumbo.

La **revolución** que aquí proponemos no es de balas —a esas ya las conocemos—, es de **soberanía sobre la verdad**. Revolución es trasladar **el centro de gravedad** de la justicia desde un **ente que se comporta como si estuviera vivo** y se defiende como organismo —produce anticuerpos contra la transparencia, secreta

excusas, regenera opacidades— hacia humanidades concretas capaces de ver, narrar y decidir. Revolución es sacar la justicia de la dimensión privada del sistema y volverla pública de verdad, no en comunicados, sino en capacidad de determinar hechos y tiempos. Revolución es admitir que el aparato, tal como está, sobrevive a costa de nosotros; y que, si la justicia depende de su instinto de conservación, nunca llegará a quienes la necesitan.

Por eso decimos: la justicia debe quedar en manos civiles. No "consultar" a la sociedad; entregarle la llave de la verificación, la pausa de los plazos, la auditoría de los actos y la voz final sobre la regularidad de los procedimientos. No pedimos milagros: pedimos ver lo que nos afecta y detener lo que no cuadra. Ese traspaso requiere una herramienta a la altura del volumen y la velocidad del daño: una IA cívica que asista a la sociedad para hacer en horas lo que el aparato hace en meses o años, y que lo haga con rastros auditables, código abierto, registro público y explicaciones en lenguaje humano. No reemplaza a la ciudadanía ni dicta sentencias: ordena, verifica, cruza, alerta, muestra dónde el documento contradice la vida, dónde el reloj judicial se despegó del reloj de la verdad.

Esa IA cívica ingeriría expedientes completos, extraería automáticamente fechas, firmas, sellos, y compararía cada "se notificó" con la metadata del archivo que jura haber existido: fecha de creación, última modificación, aplicación con que fue generado, zona horaria, cadena de custodia. Levantaría banderas cuando la constancia nazca después del acto que certifica, cuando el sistema diga automático y el rastro muestre edición, cuando el plazo corra sin aviso. Podría procesar millones de páginas en una tarde, resumir y agrupar causas afines, detectar patrones de abuso (tribunales que repiten el mismo desecho "inconducente", juzgados donde las notificaciones "aparecen" con la misma huella de software), calcular los impactos reales (horas perdidas, costos invisibles) y proponer pausas

automáticas de plazo cuando falte noticia verificable. Lo que hoy devora un año de **escaneo humano** —revisar, una por una, las propiedades técnicas de miles de PDFs; cruzar calendarios; comparar sellos— puede reducirse a **horas de procesamiento** con **explicaciones trazables** que cualquier persona pueda **revisar** y **discutir**.

Pero el punto no es la velocidad: es quién manda. La sociedad civil tendría el mando: mujeres buscadoras, pueblos indígenas, mujeres, personas LGBTTTIQ+, trabajadoras, emprendedores, empresariado local, academia, barrios y, de forma central, personas mayores. No como "consejo consultivo" ornamental, sino como órgano que decide. Su función no sería de adorno sino constitutiva: activar el botón de pausa de plazos cuando la evidencia técnica contradiga la misa; ordenar preservaciones de y bitácoras; exigir comparecencias explicativas funcionarias y funcionarios; validar o rechazar la regularidad de notificaciones; publicar dictámenes con firmas y disensos. Nada de pasivas: quién, cuándo, por qué. La IA escribiría debajo de cada alerta una razón humana con citas al documento y vínculos a la prueba; la asamblea civil decidiría qué se hace con esa información. No hay "sistema" que se defienda a sí mismo: hay gente que mira y firma.

Habrá quien diga que eso es imposible, que "no hay tiempo", que "no hay manos". Precisamente ahí entra la IA cívica: para devolver el tiempo. Lo que hoy el Poder Judicial ocupa en cargar PDFs, transcribir, ordenar, buscar en archivos caóticos, recalcular plazos y copiar—pegar frases hechas, puede automatizarse sin tocar la esfera deliberativa. Solo con ese saneamiento, la sociedad podría leer y decidir donde hoy apenas persigue sombras. Y si alguien teme al algoritmo, la respuesta es sencilla: todo auditable, todo registrable, nada opaco. Modelo, datos, decisiones y errores a la vista, con derecho de réplica de jueces, actuarios y

partes, y con **responsabilidad personal** por cada negativa a **mirar** lo que la evidencia muestra.

Esto no es una fantasía tecnológica. Es un cambio de titularidad. Mientras la justicia dependa de un ente que actúa como si estuviera vivo, se defenderá como tal: negará, dilatará, asimilará reformas, desgastará a las víctimas. Un sistema diseñado para sobrevivir hará siempre lo necesario para sobrevivir, incluso mentir con formas. Por eso jamás la justicia debe depender de un sistema; debe depender de la humanidad. La máquina, entonces, sirve a la asamblea; la asamblea sirve a la vida. Ese es el orden.

Alguien preguntará qué ocurre con la ley, con la técnica, con la seguridad jurídica. Ocurre lo que siempre debió ocurrir: la técnica se pliega a la verdad y la ley al tiempo humano. Nadie suprime el debido proceso; se lo cumple por primera vez: sin noticia no hay plazo, sin acceso no hay carga, sin evidencia visible no hay desechamiento, sin dignidad no hay legitimidad. Y si una jueza —democrática o no— insiste en la liturgia contra los hechos, su firma quedará expuesta en actas que cualquier persona pueda leer: qué rechazó, qué ignoró, qué contradijo y a quién dañó. Con nombres. Sin eufemismos.

¿Sirven las reformas? Sirven para ganar tiempo al sistema. ¿Sirve la revolución? Sirve para devolver el tiempo a la gente. Revolución es que una mujer buscadora pueda pausar un plazo con una alerta técnica verificable. Revolución es que un abuelo vea en su teléfono, en castellano llano, por qué un "acuse" no cuadra y quién debe explicar. Revolución es que un pueblo indígena audite notificaciones que afectan su territorio sin esperar a que un secretario "se lo permita". Revolución es que un emprendedor y un empresario local dejen de pagar gestores porque el expediente ya está ordenado y la mentira se evidencia sola. Revolución es que la comunidad LGBTTTIQ+ pueda exhibir patrones de discriminación a escala y forzar correcciones.

Revolución, en suma, es que **nadie** vuelva a ser declarado **extemporáneo** por no responder a **lo inexistente**.

No hay neutralidad en esto. O seguimos confiando en reformas que recambian élites y conservan la maquinaria que legaliza crímenes, o nos atrevemos a reimaginar la justicia como bien común gobernado por la sociedad, con lA cívica como engrane y dignidad como eje. No pedimos purezas ni utopías; pedimos responsabilidad compartida y controles reales. Pedimos que el país deje de adorar sombras y empiece a constatar hechos. Pedimos que el reloj judicial vuelva a sincronizarse con el reloj de la verdad. Pedimos que ningún negocio ilícito encuentre abrigo en el expediente, por impecable que parezca, si contradice la experiencia y la memoria técnica.

Si este es el capítulo final es porque, después de sobrevivir a intentos de asesinato, a testamentos falsos, a notificaciones fantasma y a años de desgaste, aprendimos lo único que no se aprende en manuales: la justicia o es humana o no es. Reforma es pedirle al sistema que se corrija; revolución es recordarle que no es el dueño. Si tiene que existir, que exista debajo de nosotros, sirviendo, dejando rastro, respondiendo a preguntas simples: ¿quién hizo qué, cuándo y con qué prueba? Lo demás es ceremonia. Y la ceremonia, lo sabemos, es la música de los que no quieren que nada cambie.

Aquí termina un libro y empieza un encargo. No pedimos permiso para defender la vida. No necesitamos categoría para exigir reloj sincronizado, archivo honesto, firma con ojos. Si algo nos trajo hasta aquí fue la certeza de que la verdad existe fuera del formulario. Si algo nos moverá mañana será la decisión de poner la justicia en manos de quienes la padecen y la sostienen. Que lo escuche quien deba escucharlo: no queremos más reformas que nos devuelvan al mismo lugar. Queremos la revolución tranquila de un país que, por fin, se cree a sí mismo. Y esa

revolución tiene un método: la gente mirando con herramientas, el sistema rindiendo cuentas, la dignidad al centro. Todo lo demás es posponer lo inevitable: que la humanidad se siente otra vez en la mesa y diga en voz alta, sin temblar, lo que la ley olvidó: primero la vida.

Seguiremos documentando los crimenes de los jueces en juecescriminales.com

Aquí no hay héroes: hay pruebas.

Nos quisieron borrar a balazos y luego en papel. De ahí nacen estas páginas: la Notificación Fantasma, el Reloj Roto del Estado, el Reloj de la verdad (metadatos que dicen nació-cambió-cuándo), el Aula Vacía donde te exigen responder a lo que nunca te dijeron. Este libro no pide milagros: pide ver lo que nos afecta y devolver la justicia a su sitio natural —debajo de la vida, no encima.

No es solo denuncia; es un mapa para la revolución cívica: sociedad civil + IA para verificar en horas lo que el sistema dilata por años, con evidencia abierta y control ciudadano. Porque sin noticia, no hay plazo. Porque el sistema debajo, la vida arriba.

JuecesCriminales.com